

FINISTERRE

Revista de Galicia

MENSUAL ILUSTRADA

Director - Fundador: **EMILIO CANDA**

REDACCION Y ADMINISTRACION

Carrera de San Jerónimo, 5 + Apartado 321 + Teléfono 12171

AÑO IV + Madrid, marzo 1946 + NUM. 26



Nueve mozas al pie de un crucero, con el traje del país, inventado—como no podía ser menos—en el siglo XVIII: en ese pazo que se ve al fondo, sin duda. Realmente lo único antiguo—eterno—es el camino, el crucero y el alalá. Las mozas son—¿dónde están las nieves de antaño?—flor de un día.

En fin, para bien o para mal, aquí están en este cartel de FINISTERRE, rompiendo el tópico, nueve mozas al pie de un crucero... El cielo es la eterna camelia gallega. Pero que nadie lo dude: las mozas tienen mejillas de manzana, labios frescos, ojos amorosos. Y en la saya de Carolina, el lagarto le da al rabo cuando Carolina baila. La música llega a las estrellas y el camino al trasmundo.

Nuestra portada:

CALLE DE BETANZOS,

por Julio Prieto Nespereira

Especial para FINISTERRE

El sentido de las palabras

Por Vicente RISCO

Me seduce esta palabra: "Finisterre", porque, según yo creo, además de su resonancia en la imaginación, resonancia mágica, casi mística, define el ser de Galicia y es causa profunda de todo lo inexplicable de su historia. Lo dije hace muchísimos años, sin eco, acaso porque se quisiese que fuera de otro modo.

Resulta, con todo, que lo definitivo y lo valioso de Galicia consiste en que no tiene un más allá físico. Tierra terminal, se puede llegar a ella desde no importa dónde; pero llegados a la orilla del mar, ya no queda a donde dirigirse; porque se ha llegado, con el alma, al confín de la tierra. Esta impresión, acompañada de la nota ineludible de verdad esencial, la he sentido no tanto en el cabo que por antonomasia se llama de Finisterre, donde acaso la estorbe la presencia imponente del faro, sino en San Andrés de Teixido, cuya situación lleva el mismo nombre traducido del latín al gallego: "cabo do mundo". Allí sí que se sabe que se ha acabado todo, que estamos en el confín del ecúmene, que de allí en adelante no hay más que oleaje y soledad. Y no es éste el menor de los frutos de la peregrinación.

Por mar o por tierra, los gallegos van a todas partes, desde el Mar del Sol a los Antípodas, aptos para todos los climas y todas las aventuras; pero la tierra queda allí, donde ha sido puesta por Dios desde los orígenes, fuera de todo camino y lejos de todo—Galicia está siempre lejísimos—, y todo esfuerzo para arrebatarse este privilegio, siempre ha resultado estéril.

Los gallegos vienen y van, y a veces se olvidan; pero la tierra aquella está dotada de una memoria tenaz, mediante la cual Galicia conserva un poco de ese exotismo que a veces envidiamos en otros países, y que allí podemos, si queremos y sabemos, poseer íntegramente. Es éso lo que nos hace como somos, aunque no queramos.

Nos encontramos frente al gran mar, que, para nosotros, es todavía el Río Océano de los mapas antiguos. En él no queda—y esto ni siquiera lo sabemos por nosotros mismos—más que la bendita isla fantasma de San Brandán, único lugar que pudiera ser mejor que Galicia, aunque Galicia conservase por límite meridional el "Flumen Oblivionis" y viera todavía al sol apagarse chirriando en las aguas. De todos modos, es la nuestra la única tierra que no contradice la geografía clásica, ni la geografía monacal, ni la más expresiva de los Libros de Caballerías.

No conviene olvidar que estamos hablando desde el punto de vista del alma; pero también en lo temporal lo debe todo Galicia a su condición de Finisterre.

No hay nada arbitrario en la colocación de los pueblos sobre la faz del planeta, porque no hay azar en la historia. Sería terrible que lo hubiera; mas, a pesar de la historia tan terrible, no lo hay. Y por no haberlo, disfruta Galicia de esta predestinación, que le permitiría, y le ha permitido a veces, escabullirse de la historia.

Que le ha permitido una proyección transcendente, cuyos frutos ha recogido una vez el mundo, y que pueden dar, si los designios de la Providencia son favorables a las generaciones futuras, nueva cosecha.

Al cabo de tantos años, Luis volvía a ver la cara de su hermano, tal como había sido entonces: una cara morena, resuelta. La cara del muchacho de catorce años más varonil del mundo.

En aquella época había sido su héroe. Alto, fuerte, puro y valiente. Lo que en él, Luis, eran vacilaciones, fantasías, lento descubrir y callar las cosas, en Andrés había sido siempre acción.

Detrás de la sonrisa de Andrés, blanca entre las delgadas mejillas, le venía a Luis el recuerdo de las grandes montañas de la isla, que tantas veces había visto recortadas sobre el dulce cielo. Montañas de colores agrios en los mediodías de sol. Las más cercanas, rojizas y verdeando de viñedos y de higueras. Las de detrás, de todas las tonalidades del azul. El Roque Nublo, tan lejano, disolviéndose en el calor, parecía a veces hecho de humo gris; al atardecer se afirmaba, tomando un cuerpo de un violeta intenso; en las densas noches estrelladas se levantaba negro, recortadísimo, como el alto dios de la isla.

Luego venía el recuerdo del jardín familiar y de sus olores únicos.

Vivían entonces ellos en una pequeña villa del Monte Coello. Cerca, rodeándolos, estaban los jardines y las fincas de los amigos.

Por aquella época, él, Luis, sentía crecer sus doce años y a veces escuchaba su sangre como una cálida marea. Por las noches solía despertarse y se encontraba solo.

El y Andrés dormían en el único cuarto grande y un poco destartado de la azotea de la casa. En un extremo, junto a la ven-

EL HERMANO MAYOR

CUENTO

Por

CARMEN LAFORET

tana siempre abierta al camino de detrás que bordeaba los viñedos, estaba la cama de Andrés. En el otro extremo, junto a la puerta, su propio lecho. Entre ellos, la mesa, llena de sucios y manoseados libros de texto; los zapatos y los calcetines llenos de polvo, que, al quitárselos, habían tirado al desgaire. Un desorden de ropas y de cosas por el suelo, un tenue olor de animales jóvenes y rendidos. Por la puerta y la ventana, abiertas, estrellas sin fin. Hormigueros de estrellas que le picaban los ojos en las madrugadas. Y siempre, siempre, el silencio, la respiración pausada del sueño de Andrés. Si se incorporaba en su cama podía mirarlo entre el fulgor grisáceo de la noche: el cuerpo largo, extendido, abandonado en su fuerza; el oscuro cabello despeinado, sombreando la frente resuelta. A veces, sobre la almohada, negreaba el bello perfil.

En aquellos minutos de desvelo, que a Luis se le antojaban particularmente dulces y angustiosos, él, el pequeño de la casa, se sentía infinitamente más crecido y perverso que el otro, que el hermano mayor de los ojos soberbios, que ahora, al dormir, enseñaba en la cara un alma tan sencilla.

Escuchaba Luis su propio corazón, tocaba con sus dedos delgados los brazos que los juegos al aire libre habían endurecido y el sol había tostado. Sabía que se estaba convirtiendo en un hombre; la palabra esa

de hombre le abría mundos, posibilidades infinitas. Echaba una ojeada hacia la cama del hermano, un hombre ya en su imaginación. Un hombre alto, que usaba pantalones largos desde hacía poco y que, en compañía de otros amigos "grandes" también, iba los días de fiesta a dudosos bailes campesinos. El mismo, Luis, lo había visto hablando animadamente más de una vez con Pinota, una moza gorda, de ojos vivos, que se decía que era su novia. Puesto que era un hombre, ya le hacían caso las mujeres.

Sin embargo, sus noches eran puras, mucho más que las del pequeño, al que él alejaba de su lado cuando quería hablar de sus cosas. Y Luis, que lo miraba con admiración y envidia mezcladas, se negaba, en aquellos breves paréntesis de insomnio, a atribuirle sus propias fantasías oscuras, hirvientes y dolorosas. Y, sin querer, lo admiraba más.

Sólo en los juegos veía embriagarse a Andrés. Era siempre capitán de todos. Saltaba, gritaba, pegaba como el primero. Un chiquillo salvaje dentro de sus trajes martirizados de mayor.

"Tanta vitalidad—pensaba Luis—desperdiciada..." Y se sonrojaba al pensarlo, porque estaba convencido al mismo tiempo (y esto le hacía sufrir) de que aquel alegre brío físico era la manera más noble de aprovecharla.

Era un bello espectáculo por entonces ver juntos a los dos hermanos. Espigados los dos, ágiles de cuerpo. Más fuerte y guapo el moreno Andrés; más delicado, con unos ojos más húmedos y largos, Luis, rubio, muy niño todavía.

Se separaban pocas veces. Hablaban poco entre ellos; pero se entendían bien. Delante de los amigos, Luis procuraba imitar al hermano y ser como él: atrevido, valiente, insobornable. El sabía que así lo creía Andrés. Adoptaba sus gestos bruscos, su sencilla despreocupación. Antes que hablarle de sus noches y de aquel cálido mundo de ideas que le asaltaban, hubiera preferido morir.

Luego hubo una noche que marcó un hito en sus relaciones, una noche poco antes de que a él, al pequeño, por circunstancias de aquel mundo extraño que formaban los mayores de la familia, le sacaran de la isla y le separasen del hermano.

Fué en agosto. Cuando el calor grande subía de la tierra con el olor a romero re-

gado y llegaba hasta la habitación alta de la casa para despertar a Luis. Por lo común, su despertar se hacía lento y suave como una misteriosa continuación del sueño; le rodeaba el silencio, muy altas las estrellas.

Aquel día le pareció que apenas había dormido cuando oyó un furioso ladrido de perros. No abrió los ojos por el momento, y, sin abrirlos, oyó algo que en un instante le heló la sangre. Andaban en la ventana. Junto a la ventana abierta respiraba alguien.

Luis era miedoso. Nadie lo sabía, ni él mismo hubiera querido confesárselo. Aquella tarde él había visto la larga escalera de los albañiles que revocaban la fachada trasera de la casa. Precisamente aquella escalera estuvo apoyada contra la ventana del cuarto de los muchachos muchas horas. Creía Luis que al terminar la faena los hombres la habían dejado tumbada en el jardín. Pero, ¿y si se hubieran olvidado de recogerla? Recordó las películas. Un hombre oscuro, con un puñal...

Se le enfriaba el sudor en las sienes. Los latidos de su corazón no le habían dejado escuchar hasta entonces. Pero oyó claramente un crujido sobre la cama del hermano. Un cuchicheo a dos voces, el estertor de alguien a quien ahogan lentamente... ¿O había sido una risa? Esta última idea hizo que se le despejase el cerebro, y desde aquel momento empezó a trabajarle. Se acordó de que Andrés estaba allí, en aquella cama adonde había caído el intruso. Ahora se había hecho el silencio y se oía sólo un acompasado respirar. Tuvo valor para levantar la voz, así, acostado como estaba y sin abrir los ojos.

—¿Andrés!

Silencio.

Un minuto le volvió a acongojar el miedo. Pero en seguida llegó la voz del hermano, áspera y malhumorada.

—¿Qué pasa? ¿No te has dormido todavía? ¿Quieres dormirte de una vez?

Los ojos le dolían de tenerlos cerrados. Se volvió hacia la pared. La imaginación le volaba. Quiso comprender, sentir lo inexplicable. Allí, a unos pasos de su espalda, se hacía realidad un absurdo. Era como si su hermano hubiera convertido en hechos alguna de sus sucias fantasías. Casi estaba seguro de que había entrado por la ventana

una mujer. Era Andrés quien había inducido a la gruesa Pinota a utilizar la escalera de los albañiles.

¡Qué audacia! A Luis le corrió por la espalda, como una gota de hielo, un estremecimiento. El no sería capaz de eso nunca. Sobre los ojos cerrados se apretó los puños y se llamó a sí mismo cobarde por no atreverse a mirar ni a escuchar siquiera. Y, sin embargo, sentía aquellos instantes de una belleza negra, embriagadora, laténdole en los oídos. Ni un ruido de fuera le llegaba ya, ensordecido todo lo externo por su confuso pensamiento. Podían estar pasando horas o minutos, podía florecer el misterio de la vida allí, a sus espaldas, o solamente el aire de la noche agitar las cortinas del cuarto sobre el sueño del hermano. ¿Cómo iba a saberlo? Se durmió rendido, sin haber apartado las manos de los párpados cerrados.

Al día siguiente no dijo nada a Andrés, ni tampoco los otros días. Pero le veía ahora de diferente manera. Espiaba en su cara cada gesto como un rastro que le permitiera descubrir la verdad o la fantasía de la noche pasada. Y esto también le causaba un extraño placer. Poco después del incidente, Luis supo sin género de dudas su confirmación. Escuchó una conversación de "mayores", que calificaban de bárbaro a Andrés en tono admirativo. Era verdad, Pinota había estado en su cuarto.

Ahora, que ya "sabía", pensó Luis que los hombres son todos iguales. Unos sueñan, otros realizan las mismas cosas. Llegó la mañana de la marcha sin haber hablado a Andrés. Hubo un momento en que estaban los dos sentados en la pequeña escalinata de

la terraza que daba al jardín. Andrés acariciaba la cabeza del perro, y sus ojos tranquilos se encontraron con la sonrisa del hermano pequeño. Se ruborizó un poco, y Luis recogió aquella emoción del otro. Pero también aquel día se calló.

En realidad, no habían hablado nunca de Pinota ni de su aventura hasta que, a la vuelta de los años, se encontraron en la isla y en la misma habitación de la adolescencia. Andrés era ya padre de dos chicos.

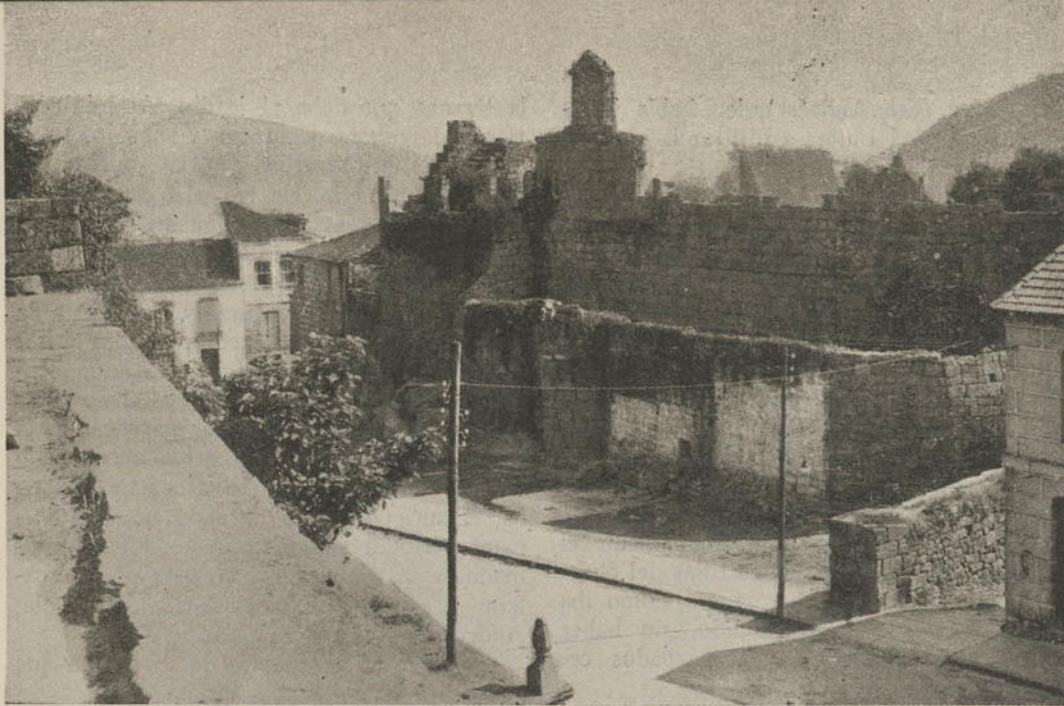
Se estaban revocando las paredes de la casa familiar. Los albañiles habían apoyado la escalera en la ventana del cuarto de arriba, el antiguo cuarto de ellos, que los hermanos habían subido a inspeccionar. Asomados a la ventana y a la vista de la escalera, se miraron sonrientes. Como otro día, Andrés se sonrojó un poco.

—¿Te estás acordando de lo mismo que yo?—dijo Luis—. ¿De Pinota?

Andrés empezó a reírse con su risa sana, de muchachote fuerte, y, al cabo de tantos años, Luis volvió a ver la cara de su hermano tal como había sido en la adolescencia. Andrés hablaba riéndose:

—Entonces, ¿te diste cuenta?... Fué algo muy divertido. Mi primera hombrada... Por cierto que me librate de un gran apuro al despertarte cuando entró ella... La verdad es que, una vez que Pinota había subido la escalera y estaba junto a mí, se me desvaneció el encanto de la aventura. Yo no sabía ya qué hacer con aquella mujer horrible y sudorosa. Me parecía un demonio. Me sentí en ridículo y estaba deseando echarla. Tú, al despertarte, me distes el pretexto... Bendije más de una vez tu inocencia y tu miedo a los ladrones...





Creedme, amigos lectores, que pocas cosas me han costado tanto trabajo como decidirme a adoptar como título el que rotula estas líneas. Mis veinticinco años recién estrenados—magnífica edad para ganar tierras para una bandera o para lanzarse a evangelizar abisinios—se rebelaban contra la idea de renunciar a ser original una vez u otra vez. Pero, sacrificando todos mis pujos de hombre que busca sin cansancio la palabra que diga con aire nuevo el balanceo viejo del corazón, he preferido que las letras iniciales acusasen resonancias de mi sangre pontevedresa. Podría decir tanto y tanto acerca de Ribadavia, que prefiero comenzar denunciando la distancia que hay entre mis querencias natales y esa villa que es clave y enclave de las tierras vinateras y melómanas del Ribero.

Hay años de experiencia prematura sobre la vocación peregrinante de quien escribe, y a la hora de sacudir el plumón de la sinceridad, se hace preciso confesar que Ribadavia es un pueblo ancho y rancio, vendimiador y aturuxeiro que recibe a los forasteros con la cordialidad enarcada de sus porches, que son como el pecho amplio y efusivo de un viejo marino a la hora de las arribadas que no pueden pensarse.

Nunca espera Ribadavia la llegada de nadie, porque allí todo parece habitual, normal y consuetudinario; por eso, el que llega por primera vez cree hablar con gentes que le son afectas desde todos los tiempos, y cree contemplar perspectivas familiares a su retina desde todas las horas.

Qué es viejo o qué es nuevo en Ribadavia no podrá saberse nunca, porque parece que todo tiene allí el gusto y el regusto de todos los tiempos previsibles. Acaso la clave de muchos misterios pudiesen revelárnosla esos blasones que decoran las fachadas seculares, donde los lagartos plateros y extáticos se permiten el sibaritismo de los baños de sol. Uno, a la vista y

al oído de tantas cosas, inevitablemente se imagina a los ribadavienses de hogaño en planta de cortesanos de Don García I, atravesando un puente levadizo, avizorando desde una almena del castillo o, sencillamente, paladeando con delectación una cunca de morapio sazonado en un parral de Beade. En todo caso—y esto es lo impor-

RIBADAVIA E BOA VILA

POR
RIVERO TRONCOSO

tante, sobre las fantasías y las fantasmagorías—uno sabe que la hidalguía de los vecinos de Ribadavia tiene un prestigio tan universalmente acatado como la virtud del unto añejo para hacer un buen caldo.

Aun pueblan mi memoria, como alas de pájaros milagrosos a la sombra de naranjos en flor, los recuerdos de aquellos días míos pasados en Ribadavia, cuando yo con-

sumía las horas al lado de un enfermo incurable que era bravo y generoso como un rey medieval. Entonces la sonrisa tabernera y abacial de Manuel Medela serenaba mi ánimo sacudido por unas complicaciones que yo me buscaba, y las manos prodigiosas de Anita, su mujer, condimentaban para mí unos guisos que me hacían pensar que acaso por mis venas corriese la sangre de un cardenal del Renacimiento italiano, sibarita y galante.

A las tres o a las cinco de la mañana, cuando el honesto y normal vecindario descansa sus fatigas, contra el cristal inquieto de las aguas del Avia se quiebran unas estrellas noctívagas, y algunos señoritos que estudian libros gruesos y antipáticos se detienen sobre el puente que corta el río tal que un tachón de asfalto, de hierro y de cemento, para recitar unos versos ásperos de Curros, o un romance agri dulce de Rosalía, o unos octosílabos que García Lorca hubiese trasegado de odres granadinos a bocoyes gallegos.

Más tarde aún, cuando ya algún lucero madrugador repica su crótalo luminoso sobre el caserío apretujado y escalonado, todavía la mano generosa de "Cadarsó" se abre para servirnos una copa de coñac que pone sobre los hombros la yedra de una alegría retozona y alborotadora. Después, a la hora en que las luces del alba tañen ya el pandero azul del cielo, una voz trāsida de vahos alcohólicos deja su cauda ancha en el silencio para mentir que

"As mozas de Ribadavia
dicen que non beben viño..."

Ellas no afirman tal cosa, porque faltarían a la verdad, y aun esto, en último término, sería menos grave que bailar un zapetado, a altas horas de la madrugada, sobre la mesa de una sociedad recreativa, a la que acuden graves señores que acaso presten dinero a un interés usurario...



CUANDO el arte llega a una cima excelsa, rompiendo los límites de la materia, trazando un horizonte más allá de lo puramente óptico, la obra creada adquiere un alma propia, una psicología peculiar y un pensamiento engarzado entre las líneas y matices, que es como el soplo animador de la vida. Dibujo y color trovan a la vez sus melodías armónicas, y el conjunto sinfónico da cuerpo a la idea. Y es entonces cuando nos sentimos cautivados por la expresión del cuadro, viendo en él al ser amigo que nos deja sumergidos en la inquisición del arcano de su inmortal existencia.

Puro misterio de alma rosada hay infiltrado en ese niño que hizo vivir, de manera prodigiosa, sobre el lienzo, la paleta magistral de Sotomayor. Blanco enigma de alma infantil, que parece ensueño en los ojos tristes; dulce beso en el capullo de los labios; pensamiento reconcentrado bajo la sombra de la castaña melénita de paje; prestancia y gallardía en la escorzada postura del brazo izquierdo, con la mano apoyada en la cadera, con ademán de arrogancia y superioridad...

Pero aún hay un detalle de tal calibre artístico, que, si desconociéramos el nombre señorial del modelo, sería suficiente para buscarle al cuadro un título evocador: le denominaríamos, sin vacilar, "El Niño de la Mano al Pecho"...

Esa mano cerrada, que aprisiona entre sus dedos el botoncito de raso—de ese raso todo calidades de que se viste la figura—, parece querer señalarnos el corazón que palpita dentro de aquel pecho infantil, acaso lleno ya de inquietudes ante la existencia que se cierne con alas del futuro ante sus ojos lánguidos, asombrados, de quietud estática. Ojos y mano van acordes con la acción, con el pensamiento que dió ser espiritual al cuadro. La mano, con su actitud cariciosa y reposada, con su trazo delicadísimo, que parece querer ofrecernos aquella entraña palpitante, origen de su sentimiento, es el rasgo más característico y



Retrato del niño Angel Urquijo

EL NIÑO DE LA MANO AL PECHO

(Retrato de Angel Urquijo,
por Alvarez de Sotomayor)



Por JOSE MARIA LUENGO

psicológico de la obra, como aquella otra inmortal que nos legó El Greco en su desconocido caballero; pero ésta, graciosamente cerrada, es mano ingenua, llena de bondades, movida por la fuerza espiritual del encanto misterioso de la fantasía; la otra, larga, fina, señorial—de las pocas manos amables que en nobles y claros vanes han existido; de las pocas que, algunas veces, por raro privilegio de la naturaleza, se ven en el mundo—, también se posa sobre el corazón, mas su ademán es enérgico, movido por la amargura de un pasado de cansancio y desengaño, que se espeja claro en las pupilas dilatadas, que buscan en el espacio la imagen de los tiempos que se fueron, de aquella borrascosa existencia que, acaso, en algún momento, obligó a la mano aquélla, que surge de la muñequera de encaje tan pacífica, a empuñar el acero toledano, cuyo áureo pomo parece demandarle aún una caricia...

Ambos cuadros son como verdaderos símbolos de la vida cuando nace y cuando muere; una visión del futuro y otra del pasado. Tal vez, por eso, el pintor, en el fondo del retrato del niño, desarrolló un verdadero simbolismo: en lo alto, nubes pardas, como sombras de lo desconocido; en el centro, grises y platas, como la vulgar juventud, y allá, en la línea baja del horizonte, uniéndose con la tierra sombría de sienas tostadas y verdes opacos, el dorado incendio de un crepúsculo, que más que orto, es, en este caso, amanecer—; son tan semejantes los ocasos y las auroras!—; alborada de una vida ganosa de pensamientos y de amor, de mansedumbre y arrogancia, en graciosa antinomia: de todo ese agradable imaginar que va despertando en nuestra alma, cuando cruzamos nuestra mirada con la suya, ese redivivo adolescente, que cuando los siglos, tendiendo el inconcutil velo del olvido, lleguen acaso a borrar su nombre de la memoria de los nacidos, se llamará, poéticamente, "El Niño de la Mano al Pecho"...



El alcalde de La Coruña hace entrega al insigne artista del título de hijo adoptivo de la capital.—El ilustre pintor ferrolano Alvarez de Sotomayor pronunciando emocionadas palabras de gratitud ante las autoridades y numerosas representaciones de toda Galicia, en el acto de su Exposición-homenaje, organizado por el Ayuntamiento coruñés. (Fotos Cancelo.)



“Naturaleza muerta”.

El estudio de Díaz Pardo tiene un aire romántico y bohemio, pintiparado a la sorprendente juventud del artista: una estufa en el centro de la destartada estancia; un piano como olvidado en un rincón; un diván descolorido y medio desvencijado, junto a una mesa abrumada de cachivaches; sillas y bancos de distinta clase en gracioso desorden... Y, naturalmente, cuadros por doquier: colgados de las paredes, amontonados contra los muebles; puestos, acabados o empezados, en los caballetes.

Lo primero que llama la atención al entrar es un lienzo de grandes proporciones, no concluido todavía, que parece presidir el estudio.

—¿Qué es esto, Díaz Pardo?

—No lo sé exactamente; está aún sin terminar—contesta sonriendo—. Acaso sea una escena de cantores.

El cuadro tiene dos metros de alto por dos y medio de ancho, y en él figuran catorce personajes de ambos sexos, mimando el gesto de cantar. En el primer término de la derecha hay una mujer, desnuda hasta la cintura, que sostiene una zanfona en las manos, caídas a lo largo del cuerpo.

El pintor, sorteando obstáculos, va mostrándonos los numerosos cuadros que prepara para su próxima exposición. En todos ellos, al lado de su espléndida luminosidad, sorprende la insistente abundancia de mujeres desnudas.

—¿Por qué hay tanto desnudo en sus cuadros?

Díaz Pardo no se inmuta ante nuestra pregunta. Su mirada es limpia, sosegada; y su sonrisa—Díaz Pardo sonríe constantemente—es inocente, ingenua, casi infantil.

—Porque creo—responde—que el desnudo es lo fundamental en la pintura.

Nos sentamos. Pero antes ha habido que liberar a los asientos de unos cuantos objetos.

—¿Usted es de Santiago de Compostela, verdad? ¿Empezó allí a pintar?

—No. Empecé en La Coruña, siendo estudiante del Instituto.

—¿En qué año?

—En 1939.

—¿No había pintado usted nada antes de esa fecha?

—En absoluto.

—Veamos: su padre era también pintor, y tal vez a su lado...

—No, señor. Cuando murió mi padre yo era un niño; no tenía edad para aprender a pintar.

—¿Pues cuántos años tiene usted?

—Veinticinco.

Desde luego, su aspecto no indica más edad: joven, aniñado casi... Pero su labor es ya tan copiosa y su fama tan extraordinaria, que se le cree un hombre maduro.

—¿Y cómo se despertó en usted la vocación?

—Yo pintaba algo por afición y por intuición. Pero en 1939, la Diputación de La Coruña anunció una oposición para una beca de arte; me presenté y la gané. Le advierto que allí, durante el ejercicio, pinté la primera estatua. Yo siempre pintaba del natural...

VIDA Y MILAGROS DEL PINTOR ISAAC DIAZ PARDO

Inmediatamente ingresé en la Academia de Bellas Artes. En 1942 terminé la carrera de profesor de dibujo, obteniendo, entre unos treinta alumnos, el premio del Estado de Colorido y Composición. Fué ésta la primera promoción que salió después de la guerra. Al propio tiempo, la Escuela de Bellas Artes de San Fernando me concedió una beca de estudios para Italia.

—¿Cuánto tiempo duró su viaje?

—Unos dos meses. Recorrí Roma, Florencia y Siena.

—¿Qué ciudad italiana le impresionó más hondamente?

—Florencia.

—¿Reconoce usted que la escuela italiana ha ejercido influencia sobre su pintura?

—Sí... caso en un sentido, más que nada, lineal. En rigor, no se puede hablar de una escuela italiana; el italianismo tiene una personalidad tremenda, amplísima, imposible de concretar, de determinar...



El joven e ilustre pintor ante el magnífico cuadro “Coro de cantores”, que expondrá en París próximamente.

—¿Cuándo celebró su primera Exposición?

—A finales de 1943, en la Asociación de Artistas de La Coruña. Después expuse en la Sala Vilches, de Madrid. El unánime éxito obtenido fué refrendado por la Academia de Bellas Artes de San Fernando, que acordó felicitarme por esta Exposición, haciendo constar en acta el orgullo de haberme tenido pensionado por la beca del Conde de Cartagena, cosa sin precedentes en ninguna Exposición.

—¿Después?

—Expuse en el Casino de Vigo, también con inolvidable éxito. A raíz de este viaje a Galicia, fuí objeto, en La Coruña, de un homenaje, organizado por todas las Corporaciones, Instituciones y Sociedades.

—Y ahora, ¿qué prepara usted, Díaz Pardo?

—Una Exposición en París, para finales de abril o primeros de mayo, por haberme concedido la Diputación de La Coruña la bolsa de viaje "Álvarez de Sotomayor", de reciente creación. Acaso antes celebre otra Exposición en una ciudad de Galicia, aun no determinada.

—¿Qué temas prefiere para sus cuadros?

—Figuras. El paisaje no me interesa más que para fondo, y esto aun en ciertas ocasiones solamente.

—¿Qué concepto tiene usted de la pintura moderna?

El joven pintor guarda silencio un momento. Luego dice:

—Me parece siempre temerario e infundado hablar sobre la pintura moderna o futura; porque en esto, la última y más elocuente palabra la dicen los pinceles y no las bocas.

—Sin embargo, tendrá usted sus ideas acerca del tema...

—Creo en un arte moderno, cuyo germen se halla esparcido entre la conciencia de los artistas, quizás sin que ellos mismos se percaten de su existencia; pero detesto abiertamente a esos pseudo-creadores de arte moderno que tanto se prodigan. Tengo para mí que la superación artística se produce por una especie de hastío que surge del conocimiento de lo formal. Niego a los genios espontáneos: el artista ha de desgarrarse las entrañas al parir una obra, y sus gotas de dolor y dicha lograrán hacerse permanentes. El artista no debe llamarse a sí mismo "creador", porque nunca conseguirá conocerse por más que lo intente. Por otra parte, no veo en el arte moderno problema esencialmente distinto que el que se plantearon los artistas del Renacimiento o de cualquier otra época. El problema auténtico, esto es, eterno, que siempre estará sobre el tapete es el de la armonía entre la expresión y la forma, que sólo contadísimas figuras pudieron alcanzar. Renovaremos nuestra forma de expresión y seremos fieles a nuestras vivencias actuales; pero el quid fundamental será el mismo, aunque muchos vanidosos, mirando a sus propios ombligos, se supongan los descubridores del centro del universo... La deshumanización en el arte cumplió ya su misión, alborotadora en cuanto a valor directo, nada más; y después de haber desacreditado ese estilo objetivista y frío de la pasada época, consideró desprovisto de todo interés andar haciendo piruetas entre cubos, nieblas o rayas. Insisto en afirmar que el medio de expresión realista fué, desde los albores de la humanidad hasta nuestros días, el único medio permanente. Pero el realismo por el que yo abogo no es ese realismo de fuera a adentro, que igual pinta una gitana, una chula o una china, sino un realismo interno y austero, que primero es idea y luego toma forma.

—¿Cree usted, Díaz Pardo, en una posibilidad de un arte puramente gallego?

—Más que la posibilidad, veo la apremiante necesidad de un arte "nuestro", que hoy no existe realmente. Hay principios, indi-



"Cabeza de niña".

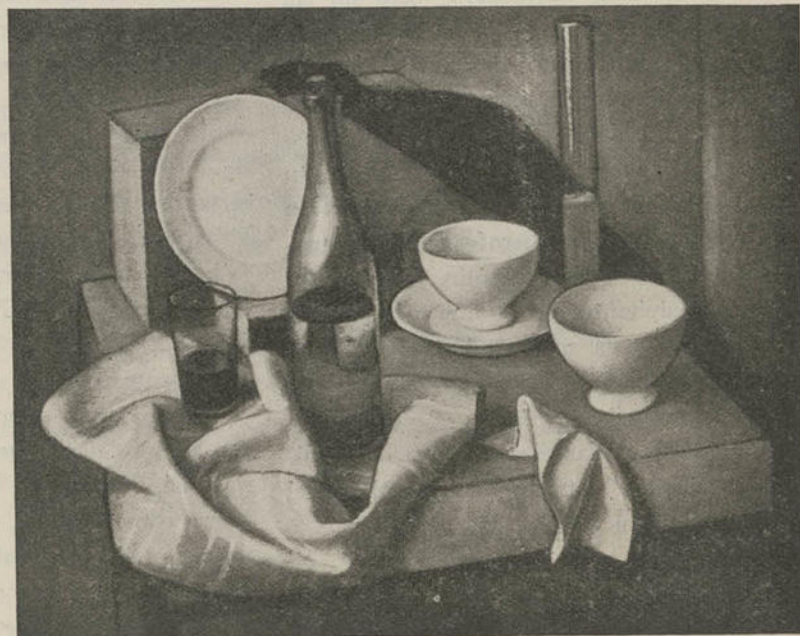
cios, que nos inclinan a pensar que Galicia tendrá un potente arte en el futuro, con una personalidad auténtica. Pero sobre esto hay "demasiadas" cosas que decir, y, por hoy, lo mejor es pedir buena fe únicamente.

Viéndole tan joven, asombra un poco la madurez de sus ideas. La misma serenidad y valentía que ilumina su pintura, inunda las palabras de este extraordinario pintor gallego, al cual podía definirse en una sola frase: Díaz Pardo o la revelación.

"Revelación—dice un crítico—por su juventud, pero sobre todo por su dominio y su franqueza, por su frescura y por los trazos vibrantes de todos sus cuadros. Asusta un poco su prodigiosa facilidad para el retrato y para decir llanamente, en las distintas modalidades de su arte, cruda y guapamente—así—, cuanto piensa y siente. Quizá porque tiene muchas cosas sentidas y pensadas, y de la abundancia y la calidad del sentir y del pensar mana la facilidad en el decir, con la pluma, con la voz o con los pinceles. He aquí por dónde puede irse, a nuestro juicio, toda su hoy lograda y cuidada vocación: por su facilidad. Quizá el miedo nuestro venga de que estamos tan hechos y envueltos en el artificio, que esta claridad fácil, alegre, juvenil y exuberante nos asusta como toda inesperada revelación. Aun en los lienzos que algunos han calificado de académicos, triunfa esa facilidad de fruto sazonado, que se entrega a la delicia de la contemplación, y en

aquellos otros en que se adhiere con valentía al realismo de nuestros mejores pintores, todo fluye sin una estridencia, sin retorcimientos. Es esta de la fecundidad de los temas y estilos otra característica esencial de la pintura de Díaz Pardo. Ello le sitúa también en un plano de máxima prestancia dentro del campo de la estética pictórica. La belleza anida en las obras todas de la creación, y ahí está el secreto del artista: Saberlo ver e interpretar siempre. Por lo menos, en la concepción clásica de la estética. La reiteración de los temas y la inclinación a una interpretación, siempre la misma, lleva al oscurecimiento de ciertas latitudes, que nunca deben ser ajenas al pintor, al que en todos los campos pueden abrirse horizontes interpretativos de posible sugestión."

Nuestra visita al estudio de Díaz Pardo, por encargo de FINISTERRE, ha dejado en nuestro ánimo la más viva e inolvidable impresión.



"Naturaleza muerta".

El mito de las sirenas es antiquísimo en la literatura y en el arte. El arte nos ha dejado su figura lúbrida y la literatura nos describe su carácter moral: ambos detalles son imprescindibles para estudiar el tema que vamos a recortar.

Nuestro poeta gallego, Pastor Díaz, llama falaz a la sirena meridional, y de cruel y engañosa pasó a todas las literaturas, puesto que su canto atraía a los navegantes que cerca de ella pasaban. La muerte seguía irremisiblemente a cuantos se complacían en su cantar divino y seductor. Este mito de las sirenas lo encontramos ya en la *Odisea*, en la cual nos cuenta Homero que Circe previno a Ulises del peligro de las dos sirenas (el texto griego emplea el dual), y el ingenioso héroe logró salvarse tapando los oídos de los marineros y haciéndose él mismo atar al mástil de la embarcación.

En el viaje de los argonautas mandados por Jasón, éste logra salvar el peligro gracias a Orfeo, que las vence con su canto. Caso que no es único, pues también en el concurso presidido por Hera las sirenas fueron vencidas por las Musas. Para terminar esta mirilla mitológica y como llave para nuestro tema, escuchemos a Pastor Díaz en su sonora poesía a la Sirena del Norte:

"Un tiempo fué que la falaz Sirena
Del mar de Mediodía
Sobre las rocas de la costa helena
Las naves en el piélago sumía.
Que ya entonces el hado revelaba
Al hombre sin ventura,
¡Que también el placer la vida acaba;
Que también es un monstruo la hermosura!
Ya el Egeo tan pérfidos cantares
No escucha ni el Euxino,
Cuando la muerte corre aquellos mares,
Truena como el cañón de Navarino."

Hay en Vivero como un nido colgado del acantilado, una misteriosa cueva donde tiene su morada una sirena joven y engañosa. Las mañanas sanjuaneras bajo un sol danzante peina su cuerpo en los rizos de las olas y entona cantos de amor al marinero. Nadie ha podido librarse de sus engaños y la resaca ha hecho morir entre la espuma de bajamar a cuantos escucharon su concierto divino y amoroso. No lejos de tan misterioso paraje han naufragado la fragata Magdalena y el bergantín Palomo que dejaron palpitantes en la arena hasta quinientos cincuenta moribundos. Hasta aquí las sirenas del Cantábrico son hermanas de Caribdis y Escila.

Pero Pastor Díaz vira la barca de su alma al Norte "bretemoso" y trasplanta el mito meridional a las costas gallegas:

"De aquel mar la Sirena melodiosa
Es nuncio de consuelo:
Cuando ella canta, el pescador reposa,
Huyen las nubes... se serena el cielo."

LAS SIRENAS DE GALICIA

POR

E. CHAO ESPINA



Por estos cuatro versos puede verse cómo la Sirena del Norte no es hermana de las engañosas sirenas del mar del Mediodía, con las cuales está emparentada tan sólo por la forma. Las sirenas que aparecen en los famosos vasos helénicos no son "pisciformes", sino que presentan cabeza de mujer y cuerpo de pájaro. La sirena de Pastor Díaz no tiene la falsa figura posterior: mitad pez y mitad mujer, sino la clásica ornitiforme, voladora y de blancas alas:

"De allí sus alas, cándida, agitaba
Cual cisne en la laguna."

Esta sirena alada gusta no sólo del mar y de sus olas, sino de los escollos como las meridionales habitantes de las islas del Mediterráneo, y aun en los bosques encuentra sus encantos:

"Vésela entonces parecer ligera
Cual niebla de verano
O en los bosques vagar de la ribera,
O surcando la espuma de Océano."

El mito de las sirenas que batió el espíritu romántico del Cantor del Landro, es tema corriente en los mares de Galicia. Desde la Torre de Hércules, se ve en los espejos verdecentes de Irlanda la cuna misteriosa de donde vienen los monstruos marinos que recuerdan a San Brandán y las sirenas anfibia que dejaron su recuerdo colgado en la heráldica de Galicia. Escuchemos al Conde de Lemos en su *Tálamo general de Galicia*:

"Marinos.

"Son hidalgos principales de Galicia, quieren algunos decir que vienen de una mujer que fué criada en la mar: que tenía las escamas como pescado, y que era de hermoso rostro, y que un hidalgo de aquel Reyno le vino en su poder y que quitadas las escamas casó con ella, que yo tengo por cuento." Por cuento lo tiene también—como es natu-

ral—el Licenciado Molina, pero cuento o leyenda todos refieren el caso. El nobiliario del Conde D. Pedro de Portugal (*Monumentos históricos de Portugal*) precisa y detalla que D. Fruela salió en busca de esposa y se enamoró de una hermosísima sirena dormida en las playas fronterizas con Portugal, la bautizó con el nombre de Marina y se casó con ella. De este enlace anfibio nació un hijo al calor de las hogueras de San Juan. La sirena, que era muda "a nati-vitate", habló desde aquel día como Zacarías en el nacimiento de *Yojanán*.

Pero nada de extraño tiene que los mares gallegos estén batidos por el canto de tan extrañas cantoras: Galicia es mitad pez y mitad mujer como las sirenas... Por eso habían de remover las aguas de nuestro romanticismo en los versos que tanto impresionaron al Sr. Hartzenbusch, que seleccionó Menéndez y Pelayo y de los cuales no dudó en escribir el Sr. Otero Pedrayo:

"Fuxía a Sirena: "No más oí de la gentil Sirena—El cántico divino—Sino el tumbo del mar sobre la arena—Y el ronco son del caracol marino." Estes versos son prá nós os mais fondos e fermosos do Romantismo en castelán. Conteñen a loxanía e o misterio da noite da beiramar, están carregados non xa d'un desespero individual, sinón millor d'un tráxico sentimento cósmico, do home diante o infinito."

Dos erratas se le escaparon al Sr. Otero Pedrayo en la transcripción de estos cuatro versos finales; prueba palpable de que los fió a su memoria, en el entusiasmo que siempre demuestra tener por nuestras cosas. En Pastor Díaz, estos versos "*fondos e fermosos*" tienen esta magnífica conclusión:

"No más oí de la gentil Sirena
El concierto divino:
Sino el tumbo del mar sobre la arena...
Y el bronco son del caracol marino!"

Madrid, enero de 1946.



Contén, lector, tu gesto de sorpresa, y déjanos explicarte por qué hoy se asoma la belleza morena de Solita Tapia, ataviada de sevillana, a esta nueva galería de la hermosura gallega.

Piensa que estamos en pleno Antroido, cuando toda mujer que se precie ha de vestir un disfraz. Y dime, si una gallega se disfraza, cuando oculta su personalidad entre los pliegues de un ropaje exótico, ¿cuál ha de ponerse sino uno andaluz?

Galicia y Andalucía—Suevia y Vandalia—son los polos norte y sur de lo español; su fusión es tan difícil que sólo de tarde en tarde se consigue. En esta página sí, gracias a Soledad, que, cantando y posando su soledad morena y gitana, hace posible esta síntesis de la ternura con la pasión, del humor con la gracia.

FOTO LAGOS

LETRAS

NOTICIA DEL MISTERIOSO POETA DON LUIS SIPOS

En el curso de mis investigaciones sobre la vida y la obra de Rosalía de Castro, he notado con frecuencia la huella, a través de los mil senderos inextricables del siglo XIX, de figuras llenas de interés para el investigador y el erudito. Y al estudiar la honda huella de Heine en España, que tanto tiene que ver con Rosalía (el más puro original poeta de la España de su época y el que puede presidir dignamente aquella "no del todo ingloriosa falange" de traductores, seguidores, admiradores, imitadores e iniciadores en el arte de Enrique Heine), he aquí que me encuentro con un nombre nada fácil, ciertamente, de encontrar: me refiero al poeta D. Luis Sipsos.

De su vida, apenas si conozco algo. Unos (Castro López, 1891) lo tienen por hijo de Ferrol. Otros (Pérez Labarta, 1934) lo tienen por hijo de Vivero. Ignoro en qué año nació. Pero he recogido una tradición o información oral, la cual dice que Sipsos (D. Luis) "fué hijo de un Cónsul inglés que estaba en La Coruña cuando la venida de Wellington".

En 1860 publicó en Barcelona una corona poética: *A la toma de Tetuán*.

En octubre de 1867 está en Vivero. Sé este detalle porque en la entonces todavía villa del Landro fecha don Luis una poesía titulada y dedicada *A unas adolescentes*, poesía que publicó en el *Almanaque* que, en Lugo, editaba e imprimía Soto Freyre: me refiero al dedicado al año 1868 (Lugo, 1867, pág. 36).

También colaboraba en *El Bazar* y en la *Ilustración Española y Americana*, en donde da al público, en el número 37, correspondiente a 1.º de octubre de 1872, *El pomo de esencias*.

He aquí este poemita:

"Un rico pomo de esmaltada china
ayer te vi arrojar del tocador,
al encontrar la alhaja peregrina
vacía y sin olor.

Y tu paciencia al ver, me sonreía
pensando una verdad harto cruel:
que aquel lindo pomito, vida mía,
era tu imagen fiel."

Todos cuantos se ocuparon de D. Luis Sipsos están de acuerdo en que falleció en Madrid, el día 22 de noviembre de 1879.

Y esto es todo cuanto, en concreto, sé de Sipsos, de D. Luis Sipsos.

Ahora bien. En mi archivo particular se conservan unas cartas firmadas por Pedro Sipsos González y dirigidas a personas de la familia Ibáñez (de Sargadelos). La primera carta está fechada en 1837. Son tres, dirigidas a doña Ana Varela de Ibáñez, casada entonces con el hijo mayor, don José, del fundador de las fábricas de Sargadelos, D. Antonio Raimundo Ibáñez.

Don Pedro Sipsos vive a la sombra de esta casa hasta su extinción en 1875. Tengo noticia de que, entre otros cargos, desempeñó el de "representante e interventor de los Ibáñez en la empresa Larriba". Murió hacia 1917; "sus papeles los recogió una tal doña Lola López y fueron quemados". "Era—según informes recogidos por mí—hombre oscuro, pero curioso, que recogía toda clase de cosas interesantes, pero se relacionaba con poca gente".

Volviendo a D. Luis Sipsos, he de añadir que hacia 1918 (?) se publicaron en el *Heraldo de Vivero* sus versos. Esto y el haber vivido el poeta en la antigua villa de Landro antes y después de 1867, fueron quizá la causa de que se le tomase por vivariense, sin tener en cuenta que nada más

natural que eso de pasar don Luis temporadas con su hermano don Pedro. Este figura en 1838 y 39 como cliente de la sastrería de Moas en Vivero. Su nombre aparece anotado en el libro de cuentas varias veces. No así el de Luis. Sospecho que Luis estaba ausente o vestía también en casa de Moas, anotándose las cuentas de ambos sólo a nombre de Pedro, quizá el mayor de los hermanos.

Pocos elementos poseo hasta ahora para enjuiciar a Luis Sipsos desde un punto de vista literario. El P. Blanco lo encasilla entre los imitadores de Heine, al decir que participa de las características de aquéllos, "aceptando siempre la sobriedad de formas", y que "aspiró a combinar la melosa dulzura de los cantares apasionados con el desenfadado satírico"... "A veces—continúa diciendo—tan inocente como *El pomo de esencias*", poesía ésta que, como dije antes, se publicó en

La Ilustración Española y Americana en el año 1872.

En cuanto a la "corona poética", titulada y dedicada *A la toma de Tetuán*, impresa en Barcelona en 1860, no puedo opinar, pues desconozco esta obra, que supongo rara, pues ninguno de los catálogos que poseo la cita. Es posible que Luis Sipsos se hallara en la campaña de Africa cuando la toma de Tetuán...

De varios libros que he consultado y en los cuales creí encontrar su nombre, salí defraudado. Luis Sipsos, poeta "a veces satírico, a veces sentimental", poco fecundo, parece participar de las características psicológicas de su hermano Pedro, el de Sargadelos: hombre oscuro que "se relacionaba con poca gente"...

Este poeta está, en cierto modo, rodeado de misterio, y ya Stefan Zweig ha dicho que el misterio actúa de un modo creador. Quizá ha sido esto lo que sirvió de estímulo para escribir estas cuartillas...

Poeta lírico, imitador, seguidor de Heine... Y mejor, lector simplemente. Hombre oscuro y quizá espléndido, y, como la "inmensa minoría", íntimamente desgraciado: aquella revista fantástica e ilusionista—y pesada—que se llamó *La Ilustración Española y Americana* dedicó línea y media (sic) por todo homenaje póstumo. Puede leerse en la página 70 del tomo I de los que corresponden al año 1880. Dice así: "Señor D. Luis Sipsos, poeta lírico: falleció en Madrid, en 22 de noviembre."

ANTONIO M.ª VÁZQUEZ REY

ALVARO CUNQUEIRO

Esta que aquí veis es la verdadera imagen de Alvaro Cunqueiro.

Yo soy su amigo. Quizás algún día sea su juez. Bien entendido que se puede ser ambas cosas a la vez: buen juez y mejor testigo de la vida y de la obra de Alvaro Cunqueiro.

Alvaro Cunqueiro es una persona encantadora. Un excelente conversador, un inteligente gastrónomo, erudito en cosas de cocinas y vinos de Europa.

Es poeta. Un poeta a la vez antiguo y moderno. Es tan enamorado de la Edad Media y de sus cosas como Noriega Varela lo es "d'as froriñas dos toxos".

Sobre todo, Alvaro Cunqueiro es el prosista perfecto, el estilista correctísimo, el escritor que apenas tacha, enmienda, corrige sus cuartillas. (Yo, que poseo varios de sus originales y tengo a gala el coleccionarlos, puedo dar fe.)

Nació en Mondoñedo, el 22 de diciembre del año 1912 (22-12-12). En el "Padre Benito" bebió vino tinto en la "cunca" 22. Emparentado con Vicetto y Valle Inclán, no os digo ya lo que todo esto significa. Tiene treinta y tres años, y a esa edad Valle Inclán había publicado un par de libros: "Femeninas" y "Epitalamio".

Alvaro Cunqueiro ya ha publicado ocho; y mil y una prosas en revistas y periódicos... De Alvaro Cunqueiro se podría decir lo que de D. Ramón Menéndez Pidal: que no habla, sino que "fabla". Porque su conversación, como su prosa, es espléndida, antigua, peregrina.

Os voy a anticipar una sencilla relación cronológica de sus libros: "Mar ao norde", 1932; "Poemas de si e non" y "Cantiga nova que se chama riveira", premio Gil Vicente, 1934; "Paisajes y retratos", 1936; "Elegías y canciones" y "Rogelia en Finisterre", 1940; "Balada de las damas del tiempo pasado", 1944; "San Gonzalo", 1945. Se halla en prensa su novela "El caballero, la muerte y el diablo". (Creo no equivocarme si afirmo que esta obra será uno de los libros que quedarán para siempre... ¡Tan bello es!) Trabaja en una edición total de las obras de Gil Vicente y en una "Vida del Rey Arturo y los Caballeros de la Tabla Redonda".

Y basta ya, amigo Alvaro, que esto "vaise facendo xa sencillamente intolerable" para un hombre como yo que no ha escrito ni un solo libro todavía. Sí, sí: es sencillamente intolerable...

Y ahora vamos hacia la "Casa Gallega". Pediremos una botella de ese excelente "agulla del Condado". Vendrá con nosotros nuestro director y querido amigo Emilio Canda. Ante las tazas blancas del "agulla" entonaremos la vieja canción borghona del XIV: "Bon chevalier de la Table Ronde", y, ya al final, cuando tres botellas se hayan vaciado poco a poco en las tres tazas, los tres, en pie, daremos un grito "enormemente subversivo": "Vivent les Armagnacs!"—V. R.



Concurso literario sobre el tema "LUGO, FIN DE SIGLO"

El Círculo de las Artes, al cumplirse en este año las bodas de oro del local social que actualmente ocupa, entre otros actos conmemorativos, ha acordado convocar un concurso literario que sirva de estímulo e incremento a la escasísima y dispersa bibliografía sobre la "pequeña historia" de nuestra ciudad. Con ello cree cumplir una tarea de interés y dar satisfacción al deseo de muchos lugenses.

El concurso se regirá por las bases siguientes:
Primera. Podrán presentarse al concurso todos los escritores que lo deseen.

Segunda. Los trabajos serán inéditos, en prosa, y versarán sobre el tema "Lugo, fin de siglo". Sin merma de la libertad de los autores en cuanto a la manera de tratar dicho tema, se advierte que, para ser fieles al propósito del concurso, deberán orientar sus trabajos principalmente a lo que pudiéramos llamar "pequeña historia de Lugo en los años finiseculares": acontecimientos y anécdotas locales, costumbres, modas, espectáculos, vida social, aspectos urbanos, etc., todo ello, en lo posible, abarcado en la órbita del nacimiento del Círculo y construcción del edificio social. Se respetará, en todo caso, la unidad que exige el título "Lugo, fin de siglo".

Tercera. La extensión máxima de los originales será de cincuenta cuartillas, escritas por una sola cara, a máquina y a dos espacios, debiendo ser presentados en la Secretaría del Círculo, o enviados por correo bajo sobre certificado, antes del día 15 de mayo del año en curso, en que termina el plazo de admisión. En el momento de la presentación se dará el correspondiente recibo. Los trabajos irán presentados en sobre cerrado, con un lema en la parte exterior; en otro sobre cerrado, con el mismo lema, se incluirá el nombre y dirección de los autores.

Cuarta. Los premios serán dos, y el jurado podrá determinar si hay lugar a conceder un accésit. El primero tendrá la cuantía de mil quinientas pesetas, y el segundo de setecientas cincuenta. El jurado, que se designará por la Junta directiva del Círculo de las Artes, publicándose el nombre de sus componentes con anterioridad al fallo del concurso, podrá declarar éste desierto si así lo estimase conveniente.

Quinta. El Círculo de las Artes se reserva el derecho a la primera edición del trabajo o trabajos que resulten premiados, si decidiera editarlos dado su interés; en este caso, entregará un número prudencial de ejemplares a los autores. Los trabajos que no resulten premiados podrán ser reclamados en el plazo de dos meses, a partir de la publicación del fallo; la devolución se hará con los sobres cerrados que contengan nombre y dirección de los autores, ya que de aquéllos únicamente se abrirán los que ostenten lemas correspondientes a trabajos premiados.

Lugo, febrero de 1946.—El Presidente, José Lomas Díaz.—El Secretario, Manuel García Ouro.



ANTONIO VÁZQUEZ REY

Los temas ocupan — trabajos y días — la vocación erudita de Antonio María Vázquez Rey. Dos temas que se acercan a la poesía, si es que no son la poesía misma: Rosalía y la frágil porcelana de Sargadelos. Vázquez los mima, más que los trata, con un amor y una delicadeza extraordinarias. Agotará los dos temas; pero, aun siendo esto importante para un investigador, lo que de esta labor permanecerá, sin duda, es esa mezcla de gravedad y finura que constituye la médula de su estilo.

En estas mismas páginas leerán nuestros lectores un breve ensayo de Vázquez sobre el poeta ferrolano (?) Luis Sipsos. Tenemos la seguridad de que le gustaría, a la vez, a Lenôtre y a Le Goffic. Vázquez es, además, un poeta, y el Landro de Pastor Díaz vió sus soledades: el Landro, un río para la melancolía. Vázquez Rey es un mozo melancólico que la mejor Galicia ha enviado a Madrid, con los versos de Rosalía en una mano y en otra una rara pieza de Sargadelos con un paisaje antiguo y lejano.

Sin embargo, no se vaya a tomar esta cifra como justa medida de su actividad cultural. Los gallegos están diseminados por España, y lo que no dan las imprentas de nuestra tierra, lo ofrecen en otras capitales españolas, con firma de gallegos, las prensas nacionales.

Veamos, pues, aun tomando este resumen con la debida precaución, una estadística de autores y títulos, clasificados por materias, y ahí si se reflejará con más exactitud lo que los hijos de Galicia han hecho el año 1945, condensado en libros.

Damos, además, cuenta de algunas obras de otros autores no gallegos que escribieron sobre temas de nuestra tierra.

De este cuadro hemos excluido a los autores de traducciones.

LUIS MONTAÑÉS

RELIGION

EIJAN, Samuel: *De Tierra Santa y de tierras no santas*. (Episodios misionales.) Tip. de "El Eco Franciscano". Santiago.

MIGUÉLEZ y DOMÍNGUEZ, Lorenzo, y otros: *Código de Derecho Canónico*. La Editorial Católica. Madrid.

MONTERO DÍAZ, Santiago: *Soliloquios y Manual de San Agustín*. Edición y nota preliminar. Zaragoza.

MUIR WHITEHILL, Walter: *Liber Sancti Jacobi. Codex Calixtinus*. Transcripción. C. S. I. C. Instituto P. Sarmiento, de Estudios Gallegos. Santiago de Compostela.

PORTELA PAZOS, Salustiano: *Decanologio de la S. A. M. Iglesia Catedral de Santiago de Compostela*. Santiago.

DERECHO. POLITICA

ASOREY ANDALUZ, Antonio: *Ideario y Símbolos del Estado Español*. Editora Universitaria. Santiago.

DÍAZ DE RIVERA, Pascual, Marqués de Valterra: *Política pesquera*. Ministerio de Trabajo. Madrid.

LEGAY y LACAMBRA, Luis: *El comunismo y el Derecho natural* (conferencia). Delegación Provincial de Educación Popular. La Coruña.

LISSARRAGUE, Salvador: *El poder político y la sociedad*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid.

LOUIS ESTÉVEZ, José: *Ensayo de valoración filosófica del Derecho, según una metodología esencialista*. Instituto Editorial Reus. Madrid.

NÚÑEZ LAGOS, R.: *Realidad y Registros*. Instituto Editorial Reus. Madrid.

CIENCIAS

ALLER, Ramón M.: *Nuevos métodos en observaciones de pasos*. Observatorio de Santiago. Santiago de Compostela.

CAO MOURE, José: *La Escuela Naval Militar de Marín*. Estudios P. P. K. O. Vigo.

MONTEQUI DÍAZ DE PLAZA, Ricardo: *Análisis inorgánico cualitativo* (Teoría y Práctica). Madrid.

MORANDEIRA VAAMONDE, Ramón: *Contribución al estudio clínico y experimental de las perforaciones gastroduodenales con papilla de bario*. Facultad de Medicina. Universidad de Santiago. Zaragoza.

NIETO ANTÚÑEZ, Pastor: *El Capitán de yate*. (Indispensable a capitanes, patrones de yate y patrones de cabotaje.) Imprenta Moret. La Coruña.

SEIJO RUBIO, José: *Teoría y práctica del arte de escribir*. Imprenta Lorman. La Coruña.

VIDAL ABASCAL, Enrique: *El problema de la órbita aparente en las estrellas dobles visuales*. Observatorio de Santiago.

BELLAS ARTES

CANDEIRA y PÉREZ, Constantino: *Guía del Museo Nacional de Escultura de Valladolid*. Imprenta Perdiguero. Valladolid.

FERIA DEL MAR: *Pabellón de los Museos*. (Fondos del "Museo de Pontevedra" y del "Museo Massó".) Gráficas Torres. Pontevedra.

LABARTA, Francisco: *Composición decorativa. Pintura*. (Artes aplicadas.) Editorial Enrique Meseguer. Barcelona.

PORTABALES PICHEL, Amancio: *Los verdaderos artistas de El Escorial y el estilo indebidamente llamado herreriano*. Gráfica Literaria. Madrid.

SAL LENCE: *Monumentos compostelanos*. Tip. "El Ideal Gallego". La Coruña.

SÁNCHEZ CANTÓN, Francisco Javier: *Las pinturas de Oriz y la guerra de Sajonia*. Diputación Foral de Navarra. Pamplona.

LITERATURA. POESIA

ALVAREZ BLÁZQUEZ, José María: *En el pueblo hay caras nuevas*. Editorial Destino. Barcelona.

CAMBA, Julio: *Esto, lo otro y lo de más allá*. Editorial Plus Ultra. Madrid.

— *La ciudad automática*. Segunda edición. Col. Austral. Buenos Aires.

— *Etc., etc...* Editorial Plus Ultra. Madrid.

CASTILLO-ELEJABEYTTIA, Dictinio: *La canción de los pinos*. Editorial Hispánica. Madrid.

CELA TRULOCK, Camilo José: *Esas nubes que pasan...* Afrodiseo Aguado. Madrid.

— *Poemas de una adolescencia cruel*. Ediciones del Zodiaco. Barcelona.

(Continuará en el próximo número)

LIBROS GALLEGOS Y DE GALLEGOS, EN 1945

Abrimos en FINISTERRE un cauce para poner de manifiesto la aportación gallega a la cultura nacional durante el año 1945. Quizá sea por primera vez que se dedique una tregua a la pluma en una revista literaria para captar lo que unas cifras de producción librera ofrecen; pero es tal la elocuencia que unos números colocados en gráfico tienen, que no queremos ocultar la noticia a nuestros lectores.

Galicia no es precisamente la región española que más destaque en la industria editorial, aun prescindiendo, como es de rigor, de Madrid y Barcelona, donde se asientan los dos ejes del meridiano bibliográfico español. Tampoco es la más rezagada. He aquí lo que han dado de sí sus talleres tipográficos en combinación con los editores:

La Coruña.....	14
Lugo	3
Orense	5
Pontevedra	4
Santiago	12
Vigo	45
	83

FIGURAS DE SARGADELOS

Y El Rey

1

FINISTERRE comienza hoy una labor nueva. Una de sus páginas irá, a partir del presente número, dedicada a reproducir cosas de aquella Real Fábrica de Sargadelos, que surtió con sus productos, hoy tan buscados por los coleccionistas, a Galicia, a España y aún al extranjero.

Publicamos hoy cinco detalles interesantes:

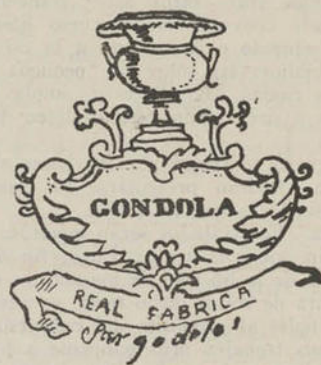
1.º Firma del Señor Rey Don Carlos IV, en cuyo reinado se fundaron las fábricas (1794-1804).

2.º Las Reales Fábricas de Sargadelos en 1851. Grabado en madera publicado hace cerca de un siglo en el *Semanario Pintoresco Español*. El pintor gallego Seijo Rubio reprodujo este grabado. Nosotros lo damos tal cual salió a luz en la revista madrileña citada.

3.º Una de las marcas usadas por la Fábrica, copiada de una pieza de la tercera época (1845-1862).



5



3

sargadelinas, con sus precios y reproducción, al mismo tiempo que en el Boletín del Instituto de Estudios Gallegos *Padre Sarmiento* publica otro trabajo: "Apuntes para una Bibliografía de Sargadelos".

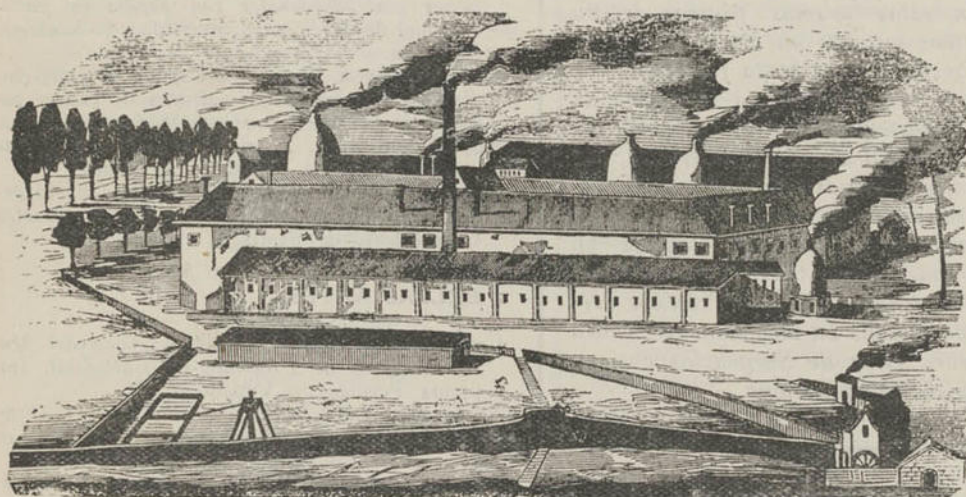
FINISTERRE quiere dar con esto una muestra clara y, para algunos, nueva de una actividad industrial desaparecida...

De Sargadelos se habla mucho, pero se conoce poco su historia... Un exquisito artista ferrolano, D. Felipe Bello Piñeiro, conoce esa historia como nadie... El despertó la curiosidad del autor de estas notas por estos estudios.

En fin; de ahora en adelante tendremos la satisfacción de dar a conocer a nuestros amigos algunas de aquellas figurillas policromas que lucieron antaño en los chineros de los viejos pazos y sobre las cómodas de nuestras casas aldeanas, y hoy son ornato y orgullo de los Museos y de las colecciones particulares.

Y al lado de estas figuras, yo os hablaré algo de otras figuras de carne y hueso que tuvieron relación con el gobierno y la vida de las Reales Fábricas, y que oí contar a mi amigo, aquel admirable pintor de Beiramar...

ANTONIO M.ª VÁZQUEZ REY



2

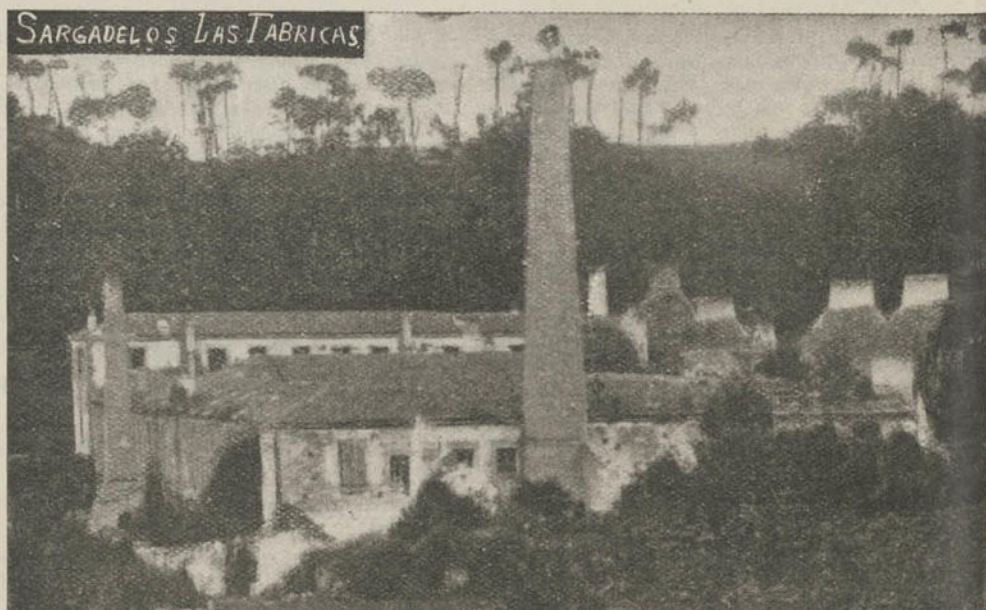
4.º Vista de parte del recinto de las Fábricas en la actualidad. ("¡Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora!...")

5.º Una encantadora figurita policroma: "Ave del Paraíso".

Aspiramos a que esta página nueva de FINISTERRE sea del agrado de los ya numerosos y fieles enamorados de las maravillosas figuras que salieron del mayor centro industrial que tuvo Galicia en el noble arte del alfar.

Y, cosa singular, al reproducir algunas de las piezas más bellas y raras, daremos el precio que han alcanzado o pueden alcanzar, basándose siempre en transacciones conocidas por el autor de esta página, que prepara actualmente un Catálogo de piezas

4



P O E M A S

DE

ALVARO CUNQUEIRO

Elexía a Manoel Antonio

Ollos, si foi, chorade funeiral de río.
Distantes descubertas, mar chorade.
Ollos, si foi, en gaita despeinada,
descravada color, rimada amante,
chorade nua nupcial por nadadora.
Egloga de outas mareas si quixera
igoal adolescente en voz bucólica,
despedida de máns en obertura.
Elexía tamén quixera si recente
ti por luz cardinal frol fenecida.

Pra ben namorar

I

A noite é escura:
tres estrelas son tres
i-a aláuda é unha.
A aláuda é doncela:
non sei si froita
non sei si estréla.
O áer contón
que á i-alba lixeira
se despertou.
Quén teña amor
que veña eiquí
a dar a frol!

2

Con ágoa da sede vella
namorar eu namoreina,
meu amigo!
Con unha herba lixeira
namorar eu namoreina,
meu amigo!
Namorar eu namoreina
con unha cantiga leda,
meu amigo!
Namorar eu namoreina
con áer da primavera,
meu amigo!

E 3

Na nao do mar laranxa
anda a noivar.
Seus amores pequeniños
nón-os contar.
Pórase coloradiña
até o van
e tapará os seus ollos
con unha mán.
Anda a noivar:
nón-o contar!

Canzós

I

Hai unha illa loubada
alá no fondal do mar.
Ten bois da color do tempo
e pastoras de cristal.
Ten un río de paxaros
que desemboca en canción:
paxaros mornos de illa
con os seus niños no sol.
Ten lua nova e crecente
i-ollos pra decir aí lá!
A boca téna fechada
para vendimias de sal.
E ten un cabelo novo,
ai amor que pelo ten!
Cheiro profundo de alga
e sabor limpo de mel.
Hai unha illa loubada
alá no fondal do mar:
navegada de luceiros
de noite náscelle o van.

2

No niño novo do vento
hai unha pomba dourada,
meu amigo!
Quén poidera namorála!
Canta ao luar i-ao mencer
en frauta de verde olivo.
Quén poidera namorála,
meu amigo!
Tén aires de frol recente,
 cousas de recén casada,
meu amigo!
Quén poidera namorála!
Tamén ten soma de soma
i-andar primeiro de río.
Quén poidera namorála,
meu amigo!

3

Sinto os seus ollos falar baixo das luas.
No meio das cervas malferidas
baixo das luas sinto os seus ollos falar.
Sinto ferros e soedás, lanzas sonoras.
Saíndo do ceo morreu a ponla nova.
Tres cabalos lle galopan o peito:
un leva a frol,
outro a canción
i-o branco leva o seu corazón.
Ista é a canción do reiseñor da morte cruel.

Finisterre

Revista de Galicia

publicará en su próximo número, entre otros no menos interesantes, los siguientes originales, todos especiales para nuestra Revista:

LOS CELTAS EN LA GRAN BRETAÑA

Por Charles David Ley

EL FAMOSO BANCO DE LA BOTICA DE PONTEVEDRA

Por Torcuato Ulloa

UN GAUCHO RIBADENSE: "EL VIEJO PANCHO"

Por Dionisio Gamallo Fierros

ARTE Y PERSONALIDAD DE UN ARTIFICE DEL BURIL

Por José Altabella

JOSE MARIA SEOANE, PRIMER ACTOR DEL TEATRO ESPAÑOL

Por E. Canda

SEMBLANZA Y SECCION DE POESIAS DE ANTONIO NORIEGA VARELA

Y nuestras habituales secciones de Letras, Arte, Cine, Teatro, Mujeres, Escuela de Despistados, etcétera, etc.

TRIPTICO DE BERGANTIÑOS

TRES FIGURAS DE ALVAREZ DE SOTOMAYOR SOBRE UN FONDO DE ACENTOS PONDALIANOS

Roxa ô arar, nobre ô testa, doce á vista desde longe...

Así la cantó el bardo de los bardos, Eduardo Pondal, en aquellas estrofas de bergantiñán amante y morriñento en las que añoraba, desde la ausencia, la carballeira de Verdes, la torre de Traba, los verdes de Coristanco, los altos pinos de Bértoa, el castro antiguo de Oca...

Tierra de Bergantiños: parda de color, dura de labrar; falta, quizá, de la jugosidad de las tierras mariñanas de Galicia; pero llena, sin embargo, de un indefinible encanto que emana de su reciedumbre física, del perfil armónico de sus montañas, de la placidez de sus valles, del fluir sosegado de sus ríos, de la eufonía de sus pinares, amansadores del viento que llega de la costa...

Tierra de cancionero y de poesía, con música de pinos rumorosos, gaitas agrestes que se acompañan al ritmo del verso pondaliano.

Tierra feliz y afortunada entre las tierras todas de Galicia desde que Dios le deparó la gracia de un poeta, cantor de su naturaleza, y de un pintor, intérprete de una raza de celtas fuertes y sencillos.

¡Ou terra de Begantiños!

* * *

Sobre un fondo oscuro y tormentoso, de pinceladas sueltas, rápidas y enérgicas, se destaca la media figura de "Pepa das nenas".

Pepa das nenas es una mujer de Bergantiños, y hay tanto de racial en ella que bien pudiera mostrarse como arquetipo de la mujer gallega.

Viste una blusa verdosa, de un indefinible verde obnubilado por el uso, y cubre su cabeza con un pañuelo castaño que voluntariamente se ha echado hacia atrás, como si para ella fuese un orgullo la ostentación del cabello ceniciento, casi blanco, que nace sobre su frente ancha y despejada.

Tiene Pepa das nenas una faz rugosa y gordezuela de mujer



Pepa das nenas.

Por JOSE LUIS BUGALLAL

(De la Real Academia Gallega)



El desayuno del Abad.

nacida para el duro trabajo de la tierra y habituada al buen comer el pan de maíz, el caldo de nabizas. Un rostro curtido y tosco, de escultura amasada—más que modelada—por un artifice impulsivo que se hubiera limitado a bocetar su obra.

¡Y qué vitalidad, qué expresión en aquellos ojos de mujer entera y absoluta! Es una mirada, la mirada de Pepa das nenas, aguda, penetrante, inteligente, sagaz. Una mirada firme, reveladora de una personalidad y de un carácter. Mirada, a un tiempo, de madre y de heroína, que se evade del lienzo y viene a clavarse, obsesiva, en la mente del contemplador.

Mas, para atenuar la impresión del que la admira, Pepa das nenas tiene entre sus manos ásperas y nudosas, de vieja trabajadora, la llama roja de una labor de calceta, recién comenzada, que se recorta sobre el azul de un limpio mandil.

Y una luz viva, suavemente dorada, luz de atardecer bergantiñano, ilumina la efigie de esta mujer gallega, prototipo y compendio de las virtudes de una casta llena de raza y de ufanía.

Son las ocho y cinco minutos, a juzgar por la posición de las agujas sobre la esfera del alto reloj de estilo inglés que decora la estancia. Un reloj llegado allí seguramente como consecuencia del naufragio, en el cercano litoral preñado de escollos y rompientes, de uno de aquellos barcos que, hace un siglo, bordeaban la costa del Finistere español en ruta hacia los mares de la India.

La estancia es clara y sencilla, casi monástica, y apenas componen su mobiliario una mesa, un sillón y un crucifijo. Al fondo, a través de una puerta que se abre a un aposento de más reducidas dimensiones, descúbrese un simple lecho cubierto de lienzos que aun deben conservar el calor del cuerpo que se cobijó entre ellos.

Sólo dos personajes ocupan la escena: un sacerdote, sentado a la mesa, mesa revestida de un mantel a cuadros azules y blancos, y la criada, que ha entrado a servirle al señor Abad el desayuno. La mujer frisa los años de la ancianidad y se cubre el busto y la cabeza de sendos pañuelos verdes, floreados. El sacerdote viste el traje talar, sobre el que resalta la alba servilleta, pendiente del cuello, y sostiene con la mano izquierda, abierto a la altura de sus ojos, un breviario de cantos dorados a los que el tiempo y el uso han restado su primitiva tersidad. Tiene el clérigo puesta la mirada en el salterio; pero la expresión de su semblante, arrebolado por el sano vivir en la campiña; la incipiente sonrisa que aflora a

sus labios y a sus ojos, y ese ademán, apenas intuido, de ir a cerrar el libro piadoso y a quitarse los lentes, denotan que el Abad ha presentido la delicia matinal del chocolate humeante y la leche recién ordeñada.

Tiene el señor Abad toda la apariencia de un párroco gallego, buen vidente, sano de cuerpo y alma, perspicaz de espíritu. ¿Se llama don Ramón? ¿Es don Manuel? ¿Acaso don Santiago?... Trasladado a un interior irlandés podría ser, también, el Padre O'Higgins o el Reverendo O'Farrill. Que es raza de Breogán, raza noble, aunque ruda, como la definió Pondal, la raza que transfiere este *crego bergantiñán* de arrebolada faz y sonrisa incipiente.

El pazo está silencioso en la serenidad de la media tarde estival, y una claridad, apenas atenuada por la *brétema*, inunda de calinosa luz el vasto salón en donde la señora de la casa descansa trabajando en su labor de fina artesanía.

Es un interior gallego de casa antigua y bien cuidada, interior señorial de blancos muros y sencillos muebles de época que entona y se armoniza con la apacibilidad del paisaje bergantiñano.

Al fondo del aposento, una puerta, abierta, permite ver el paso a otras dos estancias, y en el plano final de la escena, una ventana, frontera al parque, deja entrar a raudales un sol caliginoso, rojizo, violento, que refulge en el encerado del piso y viene a fundirse mansamente con la sosegada claridad que baña al salón.

La señora del pazo aparece envuelta en esta suave luz estival. Sentada en un sillón de caoba, forrado de terciopelo verde, su figura reposa con natural distinción, vuelto el rostro hacia el contemplador, mientras sus manos se apoyan sobre un bastidor de bordar, del que pende, en torno, un lienzo blanco, abierto en ondulados pliegues. Y en contraste con la serenidad de la figura y del ambiente que la envuelve, la explosión cálida, vigorosa y colorista de un apiñamiento de ovílos policromos que la dama tiene al alcance de su mano.

Emana esta figura un halo de nobleza y señorío que se armoniza con el aire que flota en la estancia. Halo y aire de hidalga antigüedad, perpetuada a través de las generaciones, que evoca progenies y apellidos ilustres en la historia de Galicia.

Y al admirar estas tres figuras de Bergantiños, immortalizadas por el pintor de la Raza, parece como si de una milagrosa lejanía, creada por el propio artista, empezasen a llegar a nuestros oídos, envolviéndonos en un eco de músicas sobrenaturales, los acentos vagos, armoniosos, profundos, de la campana de Anllons...



Retrato de doña Pilar Castro de A. de Sotomayor.



La Real Academia Gallega ha elegido académico correspondiente a nuestro director Emilio Canda. Nos gusta pensar que Canda obtiene este honor tanto por sus méritos literarios y su ya larga y feliz labor periodística, cuanto por haber botado al Atlántico gris y salobre esta nao de FINISTERRE, en cuyo gobernalte lleva tres años, y por haber sabido hacer de estas páginas el rostro literario y artístico de nuestro país gallego. La modestia de Emilio Canda ha de perdonarnos hoy que insistamos en unos y otros méritos. Si el dramaturgo de "Maese Recuerdo" y "En un cuarto de hora" merece la designación académica, el celta de clara e infantil sonrisa que ha hecho de FINISTERRE una ardua y cotidiana tarea al servicio de los más altos intereses de Galicia, la merece doblemente.

Celta y académico son, quizás, dos cosas que no se emparejan fácilmente; es como casar vaguedad y orden, melancolía y claridad. Esa enorme y delicada, confusa penumbra que se llama Galicia, apenas puede uno imaginársela reducida al orden académico y la pauta enciclopédica. No obstante, parécenos que de sus más sustanciales virtudes de gallego típico y natural ha sacado fuerzas Emilio Canda para ordenar, en los meses de hogaño, los números de FINISTERRE—muchas veces resolviendo todas las dificultades que a ello se oponían con arte: que se emparejan con el prodigio—, y para aclarar en sus hojas el estilo, las claves y el fondo espiritual de la Galicia eterna. Ha tenido ojos para ver y ha sabido llevar a colmo las etapas previstas.

Como escritor, y atentos a su obra más significativa—"Maese Recuerdo"—, vemos en Canda un escritor cuyas cualidades se insertan decididamente en la gran tradición literaria del país gallego. Somos un país de escritores de estilo, para los que existe el misterio entre las luces del mundo, la soledad melancólica y el aroma del milagro. Emilio Canda se encuentra dignamente entre ellos. Es un mozo gallego, generoso y cordial, que nos alegra verlo en el puente de mando de FINISTERRE, de este FINISTERRE renacido.

A. LABRADA

Hablo con el Príncipe

Por CAMILO JOSE CELA

Pastores de Santiago, los antiguos; besteiros de Piñor de Cea, los valerosos; pescadores de La Guardia, de Bouzas y de Betanzos, los enamorados; leñadores de La Esclavitud, incansables leñadores de La Esclavitud; ostreros de Puentasampayo, los dóciles; tramperos de Osera, los astutos; curas del campo del país, los padres; señores de Mondoñedo, de Cambados, de Orense, flor de hidalguía, espiga de mayorazgo; labriegos del Valle del Oro, los bendecidos; tiernos, mínimos frailes de Herbón; poetas del Ulla; señoritos de Vigo; vinateros de la Ribera de la Vid; gallegos de la otra banda de la mar; gallegos muertos y gallegos por nacer, escuchad. Y a vuestras mujeres—que se enamoran mirando—obligadlas a escuchar también.

Veréis cómo fué. Fué, como en los cuentos de hadas, no más que un puro, delicado milagro. Aún no habían florecido las rosas francesillas y aún no habían frutado las breves, enigmáticas fresas silvestres. El pucho buscaba torpemente la cálida ubre materna, y la vaca cornalona y bermeja, que era talmente como una bendición de Dios, se dejaba acariciar en el fondo temeroso de la cuadra. Los pájaros del aire aún no notaron en su plumaje el tiempo de picar las cerezas y los membrillos, y el grillo familiar, o la libélula vestida de muchacha adolescente que se va a casar, aún dormían, tiritando de frío, bajo el amor antiguo de un montoncito de estiércol: tierno como el alimento y lleno de piedad, como los muertos que la mar vuelve a la orilla y que nadie—ni aun las recién viudas—son capaces de reconocer. Igual que las estrellas, que tienen nombre, se las llama y callan.

La ciudad estaba nevada, como es de ley en los nacimientos, y un pulso que iba a latir por cuenta propia se intuía, golpeando, en cada esquina.

Cientos de hombres que lustraron la historia del país sonrieron desde el otro mundo a nuestra perplejidad. Ellos—que en vida supieron de todo—sabían entonces que un varón se acercaba—quizás con excesiva cautela—a los altos destinos.

Se aclararon las torvas nubes del mundo cuando el infante—como una palabra que se dice—rompió con la descubierta claridad, y fueron más hermosas, en ese instante, todas las núbiles esperanzas de todas las doncellas casaderas de los países celtas.

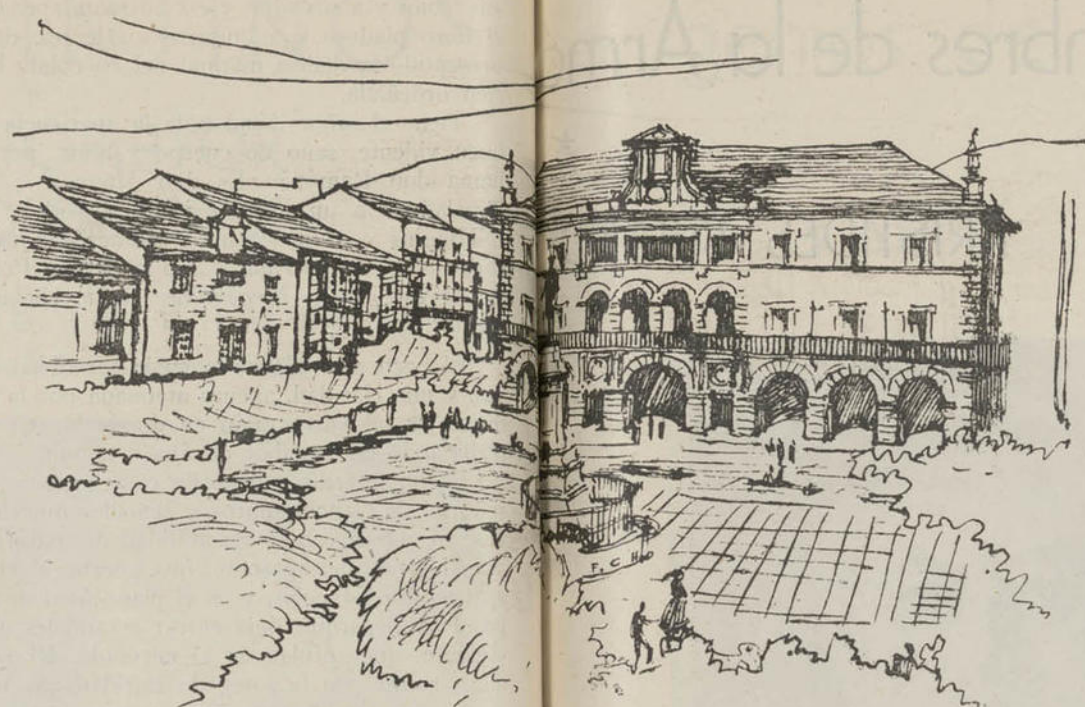
Un padre os habla, ya sabéis, la mente aún turbada, la mano sobre la espada que duerme—y que algún día, no lo dudéis, despertará—, cantor, mientras tanto, de vagas poesías por amor, gentiles coplas de aparecidos o elegías—que vosotros conocéis—a familiares jardines condecorados.

Se siente que al alma le nacen varitas de nardo y al corazón cientos de tréboles de cuatro hojas. Una gaita canta, a estas horas, por los hayedos, la canción que las viejas fuentes enseñaron—va ya para muchos miles de años—a los ríos jóvenes y turbulentos. El tamboril lo golpea un duendecillo burlón que vive en un nido de mirlo: se llama Arturiño y lleva calzas verdes, de hojas de helecho cosidas con hilos de miel. Tiene una graciosa historia de enamoramientos que llena de gozo los huesos caducos y de espanto a los huesos tiernos como los pasteles de los velatorios. Sabe silbar como todos los pájaros y corre a la pata coja, como la brisa marina en la punta de Hércules, con La Coruña detrás. Algún día—antes, quizás, de lo que pensáis—os contaré su historia. Empieza así:

“Hace ya muchos años, en un país verde como la esmeralda...”

Envío:

A ti, niño pequeño, Camilo José, que naciste como un suspiro un día de nevada, van dedicadas las líneas anteriores. Cuando seas mayor y precises de conocer las letras, te iremos diciendo—con una cautela infinita—que el alfabeto no tiene más que siete. El número siete, hijo mío, es un número muy importante, ya lo verás.



LA CASA E LA VILLA DE WERO

Por DO GALLEGO

Don Nicomedes Pastor Díaz, príncipe bino, o cualquier otro que mande, y de Romanticismo, soñó cierta vez, entre mirle...

balada y una elegía, con un soneto rimado—¡Hay que hacer algo por Vivero!

en piedra, que lleve, como en el verso—¡Hay si pudiera ser diputado cunero!

Machado, No le hacen caso, no es peligroso, murió

Una aurora fría,
eternamente encantada.

Lo soñó en el último sueño de su agonía mítica de Pastor Díaz reencarnase, renar y por ello, no pudo componerlo. Se quedase, en el cuerpo de un gran artista conahí, en el medio de su plaza, hecho brote temporáneo—se plasmó arquitectónicamente sobre piedra, hecho figurón quien fué figura del sueño del cantor del Landro. Fernando ra, esperando eternamente que rompa el Chueca Goitia, proyectista de catedrales, la frialdad de la noche encantada, por alborador de la arquitectura, historiador del por donde nace el Landrove.

Esperando, esperando que su sueño se Plaza Mayor de Vivero esta fachada de su trifique, se haga cantería, se desespere futuro Municipio, de sobrio, austero, garomántico y... se trueca en renacentistaico renacimiento.

Quisiera salir de su plaza por la puerta for Y D. Nicomedes, volviéndose hacia el tificada, que, por cierto, responde a su Ayuntamiento antiguo, interroga a los convo estilo. Desea ir a Lugo, para hablar con los reyes:

Pepe Benito, o acercarse a Madrid, para—¿Cuándo bajaré de aquí para colocar ver allí a D. Eugenio, D. Augusto, D. Gola primera piedra?

HISTORIA DE LAS TABERNAS GALLEGAS

El Padre Benito

Por ALVARO CUNQUEIRO

Yo tenía la taza número 22. El escultor Eiroa tenía la taza número 23. Bebíamos ribeiro tinto casi siempre. Por veces traían una barrica de treixadura y entonces nos entregábamos a aquel blanco ilustre. Siempre que recuerdo aquella tasca de la Raíña compostelana—¡oh pálida y señora Reina del tiempo pasado que le diste tu nombre!—veo a Eiroa con su taza en la mano. (Eiroa, escultor, era como un Renoir, un Renoir más profundo y de una nobleza incomparable. Desde maestro Mateo alabado nadie le dió más belleza a la piedra gallega que él: parecía como si conociera las venas más oscuras y eternas de la piedra y las hacía aflorar, las domeñaba y aclaraba con una enorme e insoslayable sencillez.)

Las primeras veces que yo entré en el “Padre Benito” parecíame que hacía algo pecaminoso. Allí se estaba en la pared, pintado y pintiparado, un franciscano a lo Falstaff, arrodillado ante un bocoy, y de su boca brotaban unos versos que no valían la gota del vino que alababan:

“O que quira beber viño,
branco e tinto do ribeiro,
que veña ao Padre Benito
que o tén do verdadeiro.”

Yo propuse unos latines, que no fueron aceptados. Tuve que contentarme con sentarme en una banquetta a comer un bocadillo de sardina en escabeche. El poeta Carballo Calero andaba de soldado de cuota, con un sombrero de ala ancha, semi-colonial, que era entonces tocado de reglamento militar. Villafínez solía explicar cómo Velázquez pintaba el aire. Por allí iba un cura que las pescaba lloronas. José María Castroviejo entraba y salía de la cárcel, por mor del anarco-tradicionalismo que profesaba, cada lunes y cada martes; hacía versos al mar de Balea y cuidaba un bigote a lo Maurice Barrés. Se ondulaba la espesa cabellera con aguardiente del país.

Prefería yo del “Padre Benito”, las últimas horas, salir por la Raíña a Fonseca, subir las Platerías y adentrarme en la inmensa, solitaria y silenciosa Quintana, y ya en ella, al pie del muro de San Payo—sólo otro hay en el mundo tan alto, duro, misericorde y lejano, y está en Siena la fría—, charlar, decir los versos que uno tenía aquellos días en el corazón, soñar, callar. No olvidaré nunca las horas allí pasadas.

Ya he dicho otras veces que allí donde los ribeiros resuelven sus más íntimas cales, más se anhean y más graves se ponen, es en las tabernas compostelanas. El ribeiro, blanco o tinto, es un vino comunicativo y alentador. No es tan homínoso como el albariño ni tan vivaz como el agulla del Condado; es un vino “more philosophico”, para una filosofía humana, peripatética y sentimental. En Compostela, en aquella plenitud que es la definición compostelana, el ribeiro es el quinto elemento de un cosmos cuya piedra clave se llama el milagro.

Si me siento en la banquetta de pino, en la breve trastienda del “Padre Benito”, entre los barriles de blanco y tinto, con la taza 22 en la mano, vuelvo a los mejores años de mi fantasía. Hago rodar en la taza el vino para que la pinte y eche ojos brilladores. Le cuento al cura de las lloronas la historia de la enferma de Gonzar. No creía que la enferma hubiese volado por la habitación y menos delante del párroco. Rey Alvite explicaba por qué eran azules los pórticos de la Gloria que pintaba Villafínez. Eiroa se reía con risa franca, infantil... La blanca taza está en mi memoria, con las graciosas curvas negras de sus dos doses.

CUANDO el cine no colmaba todo el recinto que la fantasía ocupa en las almas juveniles, cumplía la novela de aventuras ese grato papel; y lo cumplía con mayor eficacia, pues la novela es siempre la colaboración del autor y sus personajes con el lector que los interpreta. En el cine corriente todo es claro, nítido, apto para cualquier mente pueril.

No creemos que el cine haya reducido el número de lectores de Stendhal, Dostoiewsky o Dickens, porque para la capacidad cerebral de un asiduo lector de cualquiera de los citados, en pocas ocasiones las salas cinematográficas ofrecen adecuado alimento.

Pero para el lector de novelas de aventuras, el cine tiene pasto suficiente; hecho que realmente nos lastima, pues la gran novela de aventuras leída vertiginosamente por el niño, llevado por el encanto del relato, aunque aparentemente no dejaba en su degustador más que la sensación de haber pasado un rato delicioso, depositaba, sin embargo, en él un rico sedimento de emociones e inquietudes.

De todos los héroes de aquella maravillosa serie de novelas, emerge con unos méritos que rebasan las lindes de la aventura y la emoción, el inmortal Robinson Crusoe, que algún ensayista español ha querido presentar como el tipo de héroe sajón frente al Quijote hispánico. Pudiera ser, pero quizás se abuse de esta identificación de los personajes con su clima, cuando cada vez se ve más claro que ni siquiera pertenecen al autor.

Julio Verne, que tratando de entretener a los donceles, creó todo un mundo impresionante, que la Ciencia va confirmando con inusitada rapidez, no dejó de admirar el hondo tema que Daniel de Foë immortalizó. Como tantos otros autores, Wyss, Cooper, etc., tomó como modelo al Robinson, presentando en "La Isla Misteriosa" a algunos sabios luchando con las necesidades de su penosísima situación, y no considerando agotado el tema, ni completa la serie de réplicas, creyó "sería conveniente publicar un libro cuyos protagonistas fueran algunos jovencitos de ocho a trece años, abandonados en una isla, luchando por la vida en medio de las contrariedades ocasionadas por la diferencia de nacionalidades; en una palabra, una escuela de Robinsones".

Si son conocidísimas las dotes de previsión científica de Verne, dotes que rozan lo sobrenatural, aumenta todavía el pasmo ante aquel genio, cuando se descubre que su capacidad de vaticinador impersonal, de supremo pitoniso de la Ciencia, triunfa asimismo en el caso concreto de una persona. Sus anticipaciones acerca de la navegación aérea, de la submarina, de la energía atómica y de tantos otros problemas, son del dominio público, pero, en cambio, casi es desconocido en España el hecho de que Julio Verne haya previsto en sus mínimos detalles las facetas del carácter de un prohombre internacional, cuando éste no era más que un rapaz de Instituto.

Cuando buscó un modelo para inspirar el protagonista de "Dos años de vacaciones"—su escuela de Robinsones—lo encontró muy cerca, en su misma ciudad natal. Nantes, adonde iba con frecuencia desde Amiens, su residencia. Allí, en Nantes, gustaba de la compañía de un muchacho perteneciente a una familia, conocida suya, y que en el Liceo de la ciudad, comenzaba a dar muestras de su extraordinario talento. Verne tenía, además de su pasión por la ciencia, una afición desmesurada al teatro, y durante sus estancias en Nantes, gustaba de asistir al espectáculo, acompañado de su joven amigo. Acudían a la "matinée", comían e inmediatamente estaban dispuestos para presenciar la función de la tarde. Con sus comentarios jugosos en los entreactos y en otras ocasiones, iniciaba al mozo en el conocimiento de los clásicos, en la vida literaria, preparaba el terreno a un futuro hombre público. Procuraba también transmitir sus conocimientos científicos al transitorio discípulo, pero no eran el fuerte de éste, como más tarde dijo, las abstracciones algebraicas.

Quizás recuerden ustedes al mozo compañero de Julio Verne... aunque tal vez ya no. Hace unos diez o doce años, ¡una eternidad!, la figura encorvada de Aristides Briand se asomaba diariamente en los periódicos. Durante varios lustros, podemos decir que en la casi totalidad de la interguerra, fué el político más conocido universalmente, acaso no muy adorado, pero sí el menos odiado de todos los adalides del mundo en lo que va de siglo. Apóstol de la paz, quizá en su ideología hubiese algo de utópico, pero sus sencillas y a la vez grandiosas concepciones del mundo estaban imbuidas de ese realismo que caracterizó toda la actuación pública del prolongado regente del Quay d'Orsay.

Era, ante todo, un genio práctico el del muchacho bretón; práctico, pero al servicio de la más humana de las teorías: La de conseguir una paz perdurable y universal. Su devoción, por el estrechamiento de lazos entre los pueblos, no era un vago e hipotético idealismo, sino la previsión clara y vibrante de una situación mundial abocada al caos. Si Briand fué siempre un pacifista teórico, dada su formación socialista, y continuó siéndolo cuando desde un Gobierno burgués intervino con mano firme en la resolución de graves conflictos sociales, su teórica opinión se trocó en la misión de su vida, cuando en una visita al frente francés, siendo "monsieur le president", vió directamente, sin cortapisas, todo el horror y miseria de la guerra. Eran los días terribles de Verdún. Diez años más tarde explicaría así la resolución que tomó acerca de lo que sería la labor capital del resto de sus días: "Entonces, aquel hombre que soportaba el peligroso honor y la responsabilidad del Poder había visto cosas tan espantosas, se había llenado de un espanto tal, que se juró a sí mismo, en la conciencia, que si alguna vez fuera alcanzada la victoria, y el azar volviera a llamarlo a ocupar el Poder, consagraría todos sus sentidos y esfuerzos, toda su existencia, a la causa de la paz, para impedir la repetición de tales espantos".

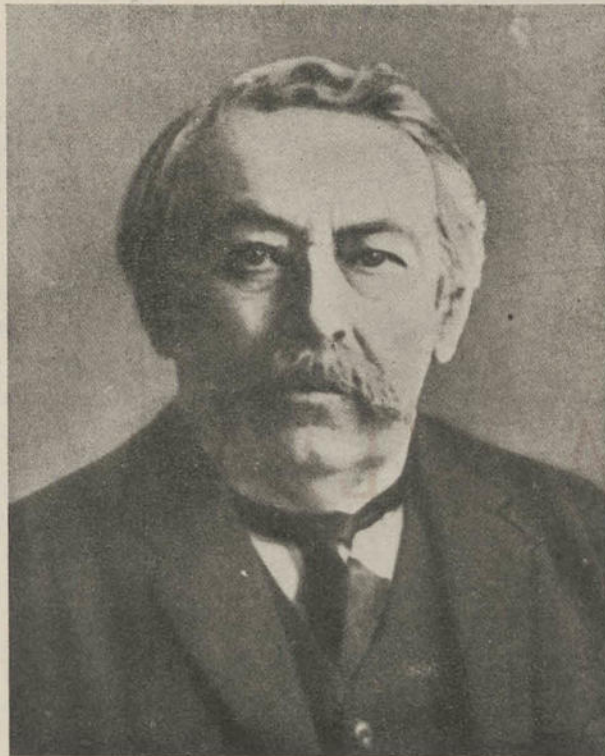
¡Este es el hombre!, cuando pronuncia esas palabras no sólo era el más elocuente orador de Francia, su primer hombre público; era algo más, un político mundial. El nombre de Briand era tan entrañable en Bogotá como en Burdeos, en Cracovia como en Reims; si algún francés se lamentaba de que Francia no poseyese más que una capital, cuando todas las demás naciones tenían dos, la suya propia y París por añadidura, el mismo patriota podría decir que cada nación, aparte de sus grandes o mínimos estadistas, contaba con otro: Aristides Briand.

Sin embargo, en lo fundamental, el inspirador de los Estados Unidos de Europa, sigue siendo el mismo mozo que acompañaba a Verne. Parangonando el carácter del héroe de "Dos años de vacaciones" con el del mariscal de los congresos, se advierte cómo apenas lo alteraron los años.

Dos hombres de la Armica, genios de Céltiga

★★

ARISTIDES BRIAND PERSONAJE DE VERNE



ARISTIDES BRIAND (Foto Cifra)

Briand gustaba de hacer derivar su apellido de la raíz céltica "Bri", que significa elevación, dignidad, nobleza, y Verne utilizó esa misma raíz y parte del sufijo para nombrar a su personaje novelesco: Briant. De ese modo el tránsito de la realidad a la ficción del joven Aristides queda señalado por la transformación de una D en una T.

Aunque sería preferible que el lector se solazase con la lectura de la leve novela de Verne, como la vida moderna no tolera ese despilfarro de horas, intentaremos trazar un resumen de la obra en la cual se hace tan curiosa anticipación.

Un grupo de escolares del colegio Charman de Auckland (Nueva Zelanda) (1) toma parte en una alegre expedición marítima, pero son lanzados por una tempestad sobre una isla desierta. Entre los nuevos Robinsones se encuentran dos niños franceses: Briant y su hermano, y un yanqui, Gordón, el Néstor de la banda.

Muy pronto Briant, por sus cualidades de persuasión, prudencia e iniciativa, se convierte en adalid de los muchachos. Tiene un rival, el inglés Doniphan, un efebo distinguido, elegante, egoísta, estudioso, más bien por afán de darse importancia ante sus compañeros que por verdadero deseo de instruirse. Surge el antagonismo; Doniphan quiere formar grupo aparte con algún incondicional. Briant dice: "¡No nos separaremos!... ¡Unámonos todos, o somos perdidos!"

—¡No pretenderás imponernos la ley!—exclama Doniphan.
—Nada pretendo—respondió Briant—, sino que es preciso que obremos con perfecto concierto para la salvación de todos.

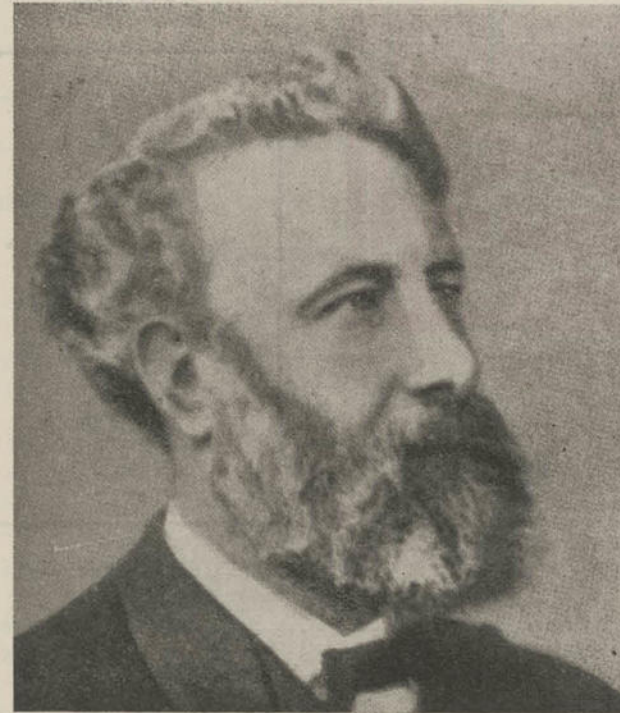
"No pretendo imponer la ley a nadie—dice en otra ocasión—, así como tampoco permitiré que la imponga nadie cuando se trate del interés de todos".

(1) VÍCTOR MARGUERITE y ALFRED AUBERT, en sus respectivas biografías de Briand, consideran a los escolares como australianos, lo que nos hace pensar que no se tomaron la molestia de repasar la novela, guiándose únicamente por la referencia que hizo Paul Dollfus en un artículo publicado en un número del 24-IV-1927, de *Cri de Paris*, con motivo del jubileo parlamentario de Briand. Australianos son, en cuanto habitan en el hemisferio austral, como son los gauchos y los boers, pero no en su sentido estricto y corriente.

EN BARCELONA

mayorista bien organizado, con corredores, almacén y elementos de distribución, desea ofertas de productores de conservas y otros productos de esa región.—Garantías a solicitud.

Escribid a "Ultrams", Vía Layetana, 90.—BARCELONA



JULIO VERNE (Foto Cifra)

El pequeño Briant que retrata Verne es, en lo fundamental, el viejo Briand de Ginebra: "Poco amante del estudio, aunque muy inteligente; le sucede muchas veces ser uno de los últimos de la clase. Sin embargo, cuando quiere, con su facilidad de asimilación y notable memoria, se eleva al primer rango... Es audaz, emprendedor, diestro en los ejercicios corporales, rico en las contestaciones, servicial... Algo descuidado de su persona: en una palabra, muy francés... Protegía muchas veces a los débiles contra el abuso que los mayores hacían de su fuerza y nunca quiso someterse a las obligaciones del "faggismo" (2).

Cuando, reconocido el territorio donde había encallado el yate, se comprobó que era una isla; organizado el alojamiento y dado nombre a los lugares importantes—primer deber del descubridor—, se procedió a elegir jefe.

"Lord" Doniphan tenía que fuese elegido Briant, pero las dotes políticas de éste se manifestaron prontamente en su propuesta de que fuese nombrado Gordón, el norteamericano, el mayor y más prudente de los muchachos. La "presidencia" de Gordón se caracterizó por una perfecta disciplina, por su economía "demasiado exagerada"; Doniphan esperaba sucederle en la próxima elección (la magistratura era anual). Briant "ni siquiera se ocupaba de la cuestión electoral" ni creía en su victoria, pues dado el predominio de los anglo-parlantes, sería muy raro que diesen sus votos al francés. Empero, en la asamblea plenaria anual de aquella Sociedad de Naciones en miniatura, obtuvo Briant su primer puesto directivo internacional. Entre los colonos había un negro, el grumete "Nokó", que "en su calidad de negro, no podía pretender, ni pretendía tampoco, ser electo". (Era en 1861; la Guerra de Secesión norteamericana no había dado todavía sus frutos.)

El resultado de la elección ocasionó la defección de Doniphan y sus parciales. Pero más tarde, una acción heroica de Briant, salvando la vida

(2) Servicio que prestan los "fags"—o sean los alumnos más jóvenes—a los mayores en los colegios ingleses. El tímido Shelley tampoco quiso someterse, y atacaba, en Eton, a los muchachos mayores, con la mano abierta, como las niñas.

SANATORIO BALTAR

(Fundado en 1908)

Cirugía. - Radium. - Rayos X

Carrera del Conde, 1.—Teléfono 1900

SANTIAGO DE COMPOSTELA

de su rival, y la aparición en la isla de una pandilla de criminales, unió nuevamente a los dos grupos de muchachos.

La estancia en la isla, sus azares y aventuras, son las clásicas en novelas de este tipo. Un detalle original, ese detalle científico, que nunca falta en toda obra de Verne, es la ascensión de Briant en una cometa: ascensión que el autor no supone anticipación suya, pues dice que ya anteriormente había sido realizada por una mujer inglesa a finales del siglo XVIII. No pudimos confirmar ese dato, pero es cierto que, posteriormente al momento de acción de la novela, Biot, en 1868, consiguió elevarse en el aire por medio de una cometa gigantesca, y Sacomey desde el acorazado Edgar Quinet, en Tolón, año 1911, se elevó con dos pasajeros hasta 500 metros de altura.

Las islas adonde habían llegado resultaron ser las Hannover, muy cerca del Estrecho Magallanes. Los alumnos del colegio Chairman se reintegraron a la civilización y a su colegio, y, como es indispensable en las optimistas y fantásticas novelas de Verne, fueron felices y comieron perdices y demás exquisitos productos de la ubérrima Nueva Zelanda.

Transcrito el retrato verniano de Briand y cotejándole una vez más con el original en su grande y última época, nos maravilla por su parecido impresionante. Está tan perfectamente calcada la imagen anímica del "genio de la orden del día", que nos hace pensar en que esa extraña semejanza no pudo ser tan profunda sin una constante intención de parecerse, una refinada tozudez de permanecer idéntico. Contando Briand con tan inapreciable y halagador testimonio, ¿no tomaría de modelo a su retrato novelesco? Queremos creer que en los instantes difíciles—cuando la loca aventura amorosa de su juventud, cuando no le permiten ejercer de abogado, cuando se desliga de su partido, cuando se enfrenta con la huelga ferroviaria; como jefe de su pueblo en guerra; en su época de retiro mientras Clemenceau rigió a Francia—tomaba fuerza como Anteo tocando tierra, leyendo las inocentes descripciones de "Dos años de vacaciones".

De ese modo pudo conservar tan puros los rasgos esenciales de su temperamento. Por ejemplo, nunca fué estudioso: pues Briand, toda su vida, ha escrito aproximadamente tan poco como ha leído.

Su facilidad de asimilación perduró siempre, y por ello era el hombre menos enquistado en una idea, el político menos dogmático que se recuerda. Cuenta Albert Thomas que Poincaré, en los consejos, se espantaba del desconocimiento de cualquier noticia por su Primer Ministro. Briand, por el contrario, permanecía perfectamente tranquilo, leía la hoja del papel que le era presentada gravemente y modificaba las conclusiones.

Calificar de arribista vulgar al mejor velero de Francia, parece baladí, pero comprendemos esa exclamación cuando es hecha por los apasionados por línea recta, verbales casi siempre, porque la capacidad de adaptación de Briand daba motivo para ello. Pocos años después de haber a Millerand por su entrada en un Gobierno burgués, entra él tranquilamente, pero con una diferencia, la de que Briand pide permiso a su partido, y "así, realmente, todavía me encuentro dentro de él". Invita un día a los maestros a que se sienten ilegalmente y unos años después corta por lo sano ese movimiento Ludwig recuerda la frase de Emerson, muy a propósito: "la fidelidad a una doctrina es la usual forma de enfermedad espiritual de las almas pequeñas", expresión filosófica de la vieja idea, acomodaticia y realista, "es de sabios cambiar de opinión". Lo ético en esta cuestión nos parece, que en todo caso el cambio no debe ser al alimón con las circunstancias, sino enfrentándose. Los cambia-chaquetas del temple del Canciller Ayala pueden ser muy sabios, pero son repugnantes. Renunciación que difícilmente pueden producir Millerand, Viviani y Briand en Francia; Mac-Donal Snowend y Thomas en Inglaterra; Mussolini y Bonomi en Italia; Pulsudski en Polonia, y demás conversos del socialismo porque su tránsito no era producido, precisamente porque "los fechos no fuesen de buena guisa" para la II Internacional.

La memoria de Briand fué siempre magnífica; como había seguido al pie de la letra la opinión de un maestro suyo, de que "con la lectura nadie se ha hecho sabio todavía, doctrina que acoji profundamente en mi corazón y no he leído en toda mi vida"; su fuente única de conocimientos era la conversación, pues tenía un don negado casi siempre a los hombres elocuentes, el de saber escuchar. No carecía del don del relato tampoco, aunque los grandes oradores pocas veces son finos "causeurs". De las dotes necesarias al gran orador, la más imprescindible es la memoria, especialmente al improvisador, y Briand, gran estratega de la palabra—como le llamó Poincaré—, era esto en grado sumo. Decía Briand: "Un discurso no puede ser planeado. Todo depende de la disposición del momento. Yo no aparto nunca la vista del auditorio. Si veo que alguien hosteiza; cambio en seguida de argumentación."

¡El colmo del oportunismo! La opinión transcrita de Briand podría ser el primer artículo del decálogo de un charlatán de feria. Sin embargo... ¡Cuántas intuiciones geniales, qué altura de miras! Berthelot, cuando Anatole France y Aristides Briand se piropeaban mutuamente llamándose buenas personas—la calificación irremediable a todo cero a la izquierda—, dijo:

—"No, no, M. Briand no es más que humano, eso es todo."

Humano, tremendamente humano: gozador, idílico, musical—dice un biógrafo—gustaba de permanecer sentado y remar, comer con la gente, beber y fumar, mirar a las mujeres bonitas y hablarles a sus perros. Y hablar al mundo en un nuevo lenguaje: "Hemos hablado en europeo, un nuevo idioma que debemos aprender."

Cuando murió, pocas ilusiones le quedarían sobre el porvenir de la obra más querida de su vida. Ya se aflaban las espadas, el escobillón limpiaba las telarañas de los cañones. ¡Qué lejos aquellas palabras tan recientes!... "Usted es alemán y yo soy francés. En este terreno nos entenderemos difícilmente. Pero yo puedo ser francés y buen europeo, usted alemán y buen europeo. Dos buenos europeos tienen que entenderse." ¡Qué lejanas aver todavía, pero qué cercanas hoy, en que De Gaulle las repite casi al pie de la letra!

Sin embargo, persiste el silencio alrededor del primer europeo. Ya callaron los cañones, y el nombre de Briand debe de nuevo convertirse en un claro símbolo, su memoria en una guía inestimable.

Y que tornen a la más esperanzadora actualidad las palabras del pequeño Briant en la isla Chairman:

—"¡Es preciso que obremos de perfecto acuerdo para la salvación de todos!"



EL BRILLO DE UN SEÑOR

Brillaba, lucía aquel señor.
¡Qué bien hablaba! ¡Cuán linda firma ponía al pie de los papeles que otros escribían!
Y lo hicieron académico, y lo hicieron concejal. Vestía la etiqueta con impecable rigor.
Se murió y lo llevaron a enterrar; pero al pasar el cortejo fúnebre ante aquella tasca inédita, lo acompañantes lo abandonaron para irse a trasegar.
La tapa del ataúd se movió, los transeúntes la alzaron y vieron dentro del féretro a un cochino en estado cataleptico.
Decidieron descuartizarlo, y cuando, como medida indispensable, lo "rañó" un matachín, descubrieron, asombrados, que el brillo de aquel pseudo-señor era producido por el fósforo de una sola caja de cerillas.

ANXELO NOVO

CONSULTORIO DEMOGRAFICO

Nuestro especialista en Demografía, el funcionario de Estadística, D. Anxelo Novo, dará respuesta en esta sección a toda pregunta que se le haga sobre cualquier figurón universal, nacional o municipal, que haya gozado o penado en este siglo XX, tan gracioso como desgraciado.

Con la colaboración de sus discípulos, manejará nuestro ilustre compañero a las figuras que atiborran el Archivo de su memoria, la Biblioteca de su imaginación y el Museo de sus excentricidades. Pero no le hagáis demasiado caso: ¡el mes pasado se hizo socio del Club Taurino madrileño!

—¿Le queda a Rosalía algún descendiente vivo?

—Una hija solamente, doña Gala Murguía Castro, viuda del periodista madrileño D. Pedro Izquierdo Corral. Vive en La Coruña, en la calle de San Agustín, número 14, 1.º

—¿Se parece a su madre?

—Mucho. Doña Gala es tal como una ex futura Rosalía, como una hipotética poetisa anciana, matriarca de nuestras letras. Pero doña Gala es más pequeña de estatura; en eso se asemeja a su padre, D. Manuel Martínez Murguía...

—Me gustaría verla.

—Nada más fácil: si va en el estío por Galicia podrá verla en Sigrás. Veranea allí.

—¿Qué es de Manuel Colmeiro, el pintor de Silleda?

—Está en Buenos Aires.

—¿Qué sabes tú de él?

—Lo que contó Alvaro Cunqueiro. Oígame usted:

—Cuando mostró su obra en Barcelona, en las Galerías Layetanas, fui a dar una conferencia en su Exposición. Colmeiro me llevó a vivir consigo. Había en una pensión de la calle del Doctor Dou.

—¿Y qué tal vivía?

—Yo estuve con él una semana y adelgacé siete kilos. Estaba sometido a un régimen vegetariiano riguroso y me lo hizo seguir. Probé entonces por primera vez el pan integral, y no comíamos más que verduras. ¡Vino nin velo; leite sempre.

—Y eso, ¿por qué?

—Como Colmeiro decía, estábamos a nugalla, ou seña en un estado de flaccidez, de debilidad, sinceramente impresionante."

Escuela de Espistas

ZODIACO



PISCIS

(del 22 de febrero al 21 de marzo):

Movilidad.

Solución del anterior:

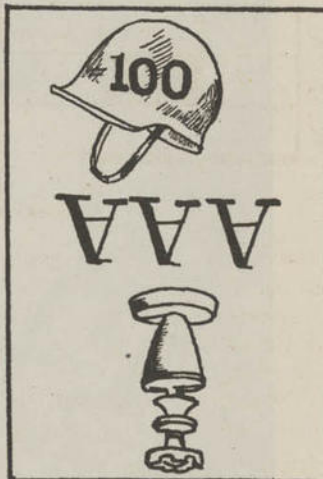
A la primera pregunta:

Sale por mí.

A la segunda pregunta:

Prémialos.

JEROGLIFICO-ANAGRAMA, por Malú.



Ya no se queda soltera.

(1 2 3 4 3 5 2 6 5 7)

—Ahora voy más que a paso.

—6 4 6 2 3 5 1 4 7 7 5 7.

CURIOSIDADES SOBRE LOS APELLIDOS

Por ALFREDO SOUTO FEIJOO

Contestaciones a los señores siguientes:

LIRA, de Ribadavia (Orense), y Gómez LIRA, de Madrid.
Sr. CASTRO FILLOY, de La Estrada (Pontevedra).

Núm. 71.—¿Se apellida usted LIRA? ¿Cree que en su escudo hay algo alusivo al instrumento musical? Lea:

El apellido Lira se tomó de la parroquia de Lira, Ayuntamiento de Salvatierra, partido judicial de Puenteareas (Pontevedra), donde radicó el primitivo solar. De recia raigambre nobiliaria, quienes lo llevaron fueron hijosdalgos. Varios Lira ostentaron el grado de Capitán en las guerras de Flandes, y en aquella región quedó uno, fundando casa en Amberes. En la crónica de Pedro "el Cruel" se hace mención al distinguido caballero Alonso Gómez de Lira. En varios hechos de armas de las campañas de Italia sobresalieron los cuatro caballeros Antonio, Guillermo, Diego y Arnaldo Lira.

Se cree que el fundador del apellido fué García Bermúdez de Lira (natural de esta parroquia), hijo bastardo del célebre Bermui Pérez. Otros caballeros fueron Lope Lira, Comendador de Santiago; Diego Lira y Castro, también Comendador de Santiago. Pedro Lira, Teniente del Rey Felipe II; Juan Lira y Huidobro, Gentilhombre de boca del Cardenal Infante; Francisco Lira y Castillo, paje de S. M. y Guión en Flandes del Cardenal Infante; Lázaro de Lira y Alvarez, fundador de la villa de San Fernando (Chile).

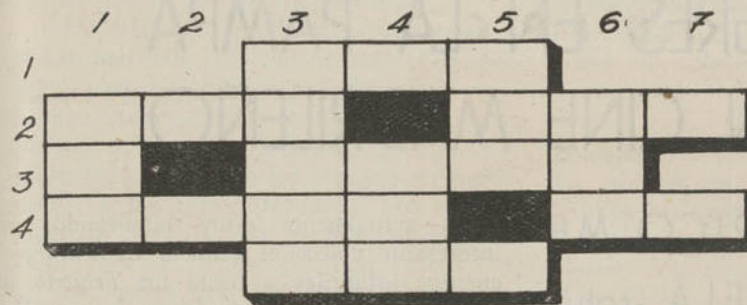
ARMAS.—De azul, con una pantera de oro andante. Nada, pues, de "liras" hay en su escudo.

Núm. 72.—¿Se apellida usted FILLOY? ¿Desea saber alguna particularidad respecto a este apellido? Lea:

Así como los "Castro" se distinguieron en su constante pelear como hombres de armas, los Filloy resaltan en las letras, las artes y la religión.

El origen del apellido se tiene por gallego, estando bastante oscuro, y los tratadistas creen fuese en un principio Fillo (hijo), y la Y añadida fuera la resultante de un arabesco añadido al firmar y rubricar en los documentos antiguos. A no ser en libros relativamente recientes, el Filloy, así escrito, no se menciona mucho. En la provincia de Pontevedra se señala un solar como de los Filloy, con un escudo borroso, pero sin señales de distintivos, creyéndose no los tuvo nunca, siendo aceptado, por tanto, como Escudo.—De plata, liso, cuartelado del mismo metal.

NOTA.—Los señores consultantes que deseen recibir contestaciones particulares, o ampliaciones a las publicadas, pueden dirigirse a D. Alfredo Souto Feijoo, calle de Narváez, 43, 3.º, Madrid.



Horizontales.—1. Arte de pensar.—2. Bebida medicinal; correa que se acomoda en el lomo de las caballerías.—3. Nombre de los licores clásicos que más genuinamente contienen la doctrina del confucionismo; en Chile, cierto juego de muchachos.—4. Nombre de varón; especie de tumba india.—5. Caldo de olla u otro guisado.

Verticales.—1. Excrecencia que nace en las membranas mucosas.—2. Ciento uno; cincuenta y uno.—3. Se dice de las plantas cuyo fruto está rodeado por un repliegue.—4. Trigo, en germania; adorno de las mujeres parecido al sombrero.—5. Metal traído de América, de las reliquias de las campanas de un pueblo así llamado, al cual atribuía el vulgo ciertas virtudes; repetida, risa.—6. En Méjico, sandez, tontería.—7. Nombre del Sol en la mitología egipcia.—Igual que la anterior.

Solución del anterior:

Horizontales.—1. A. Etoli. P.—2. Naftazarina.—3. Ase. Lot. Son.—4. Obi.—5. Patán. Nenia.—6. Oboe. O. Bies.—7. Lo. Robar. Sp.—8. C. Tecedor. I.—9. Use. Aal.—10. Rejón. Ramal.—11. Aromo. Ahora.

Verticales.—1. Ana. Polcura.—2. As. Abo. Ser.—3. Fe. To. Tejo.—4. eT. Aero. Om.—5. Balón. Oc. No.—6. ozoB. Oba.—7. Latin. Ad. Ra.—8. Ir. Ebro. ¡Ah!—9. iS. Ni. Ramo.—10. No. Ies. Aar.—11. Pan. Aspilla.

LERIAS

Por PORTELA



—E entón vou e dixenlle a sardiña: "Perdón señora, creín que era unha bacallau".



El «Tanguero» resurrecto

Hacia más de cincuenta años que este farfán mindoniense no giraba en su pedestal, estafermo ávido de derribar los jinetes que encima se le venían, lanza en ristre, caballeros en los peludos jacos del país. Había que ser ligero en el alanceo del escudo, que el "Tanguero" (1) era rauda en zumbir con el saco en las espaldas de sus enemigos. En esto del "Tanguero" se parecía a Mondoñedo, a Siena, que no en otras cosas. No tuvo nunca, Mondoñedo la guelfa, caballería blanca, gibelinos de esos de pro. Paréceme a mí que el gibelino es el "Tanguero" y que son los guelfos los que le tiran a dar. Cualquier día montan contra él los canónigos. ¡Oh Pontificado, oh Imperio! (2).

Ahora lo pintó Bernardino Vidarte como si el "Tanguero" fura para el torneo del Rey Renato, y lo montaron sobre bolas, para que más rápido gire, los Leivas, Graciano, padre e hijo. Don Eduardo de Lence-Santar y Guitián, cronista de la ciudad, tiene en la pluma la historia de este armado. (Lence escribe como Proust, como un Proust sin énfasis. A veces también recuerda a D. Elías Tormo.) Allá para los Remedios y las San Lucas estará el "Tanguero" resurrecto en el Campo, y mozos de por allí al juego con sus lanzas. No son, ya se sabe, la "estrepitosa caballería" de Rilke, pero menos es nada (3). Y el que gana el premio, se lo bebe. ¿No bebían Parsifal y Lanzarote? Hasta la propia doña Ginebra bebía y luego hablaba en refranes como el Villoés, que es el Rodríguez Marín de mi pueblo. Esto viene en las crónicas de Gales muy detallado.

A. L.

(1) "Creemos que esta palabra significa músico o gaitero; pues hay una canción muy antigua que lleva este nombre.

El Sr. Cuyero afirma que no significa músico, sino el que agarra o trae las cosas hacia sí con gancho o con la mano, pues hubo—añade—un sujeto, preso siempre por robos, que nunca confesaba, diciendo sólo que él era o Tanguero, esto es, el atraedor de cosas, no el ladrón." (Diccionario Gallego-Castellano, de D. Marcial Valladares Núñez, 1884, pág. 541.)

(2) Hubo un gibelino, en verdad: el Mariscal, abuelo de Camilo. Gibelinaba los bienes de la Mitra y la fracción beltraneja. Lo decapitaron. Si eso de la "parentelle de Jean de Nivelle" es cierto, decapitarán a Camilo José en Iria Flavia. Es gibelino C. J. C. y el mejor escritor del país.

(3) El año pasado hasta un peluquero mixto—barbero de sábado y coiffeur pour dames, alias Patoyo—osó alancear a nuestro héroe. Me pareció mal, y don Miguel habría dicho lo suyo al saber de este barbero contra Bayardo. No ha de repetirse el caso—amigo Arturo Cayón—, por el honor, brillo y demás relumbres de la Caballería.

Teléfono: 68
FABRICA, 68
Particular, 25

LA ESTRELLA DE MAR
HEREDEROS DE JUSTO GARCIA QUIROS

Telegramas
Apartado 32
JUSGAR

Fábrica de Conservas de Pescados, Mariscos y Salazones
VILLAGARCIA DE AROSA

VIDA AVENTURERA Y FECUNDA DE UN GALLEGO INQUIETO

DE CAZADOR DE TIGRES EN LA PAMPA A TAQUILLERO DE UN CINE MADRILEÑO

**Mediante, "el Salgari español",
es un jubilado de la aventura**

Federico Mediante Nocela. He aquí, lectores, al más popular autor nacional de novelas de aventuras, del Oeste y policíacas. Su obra novelística y su vida pintoresca le han granjeado el título de "el Salgari español". Nadie mejor que él para que nos hable de este género literario, al que alguno de ustedes es tan aficionado, seguramente. Sus numerosos títulos publicados—pasan del centenar las novelas que hay de este autor en el mercado editorial—le dan una autoridad indiscutible en la cuestión. Es natural que su nombre, cual vibración permanente de versales en los puestos callejeros y escaparates de librerías, goce de un reputado y bien logrado prestigio.

Voy a contar su vida, extracto comprimido de sus relatos exuberantes. Más concretamente, las ocupaciones que tuvo en su vida, llena de avatares y bordada de inquietudes. Mediante nació de padres humildes, en un puerto pesquero gallego, en 1888. A los catorce años se marchó solo a América. En su juventud fué camarero, mayordomo, maestro de primeras letras, prisionero de los moros y marino mercante. Ha recorrido casi todas las naciones del Centro y Sur del Nuevo Mundo. Ha estado en importantes capitales europeas: Liverpool, Marsella, Rotterdam, Nápoles, Londres, Génova... Ha fundado y dirigido periódicos, trabajó de actor cómico, fué locutor del cine mudo, publicó poemas líricos, estrenó comedias y dramas, interpretó papeles cinematográficos, recitó en los teatros, dió conferencias y fué... ¡cazador de tigres! Mediante Nocela lo cuenta así:

—Estando en casa de mi primo, allá en la Pampa, íbamos una vez de caza de tigres. Yo, sinceramente, hasta entonces sólo había visto estas alimañas salvajes en algún parque zoológico. Iba tan tranquilo, seguro de mi buena puntería, pero inexperto en las prácticas del bíblico Nimrod. Como no estaba prevenido, me sorprendió ver saltar por encima de mí un ejemplar de enormes dimensiones. Fué tan rápido, que no me dió tiempo de disparar el rifle. Después... sí, hice unos blancos certeros. Viví muchos años de la caza de tigres.

El Tartarín dodetiano no hubiera empleado otras palabras para referir cualquier hazaña cinegética.

—¿Y ahora, amigo?

—Ya lo ve. Pinto carteleras, despacho entradas de cine, escribo novelas de aven-

Además, FEDERICO MEDIANTE NOCELA, rotula carteleras cinematográficas y escribe novelas de aventuras

turas—actualmente estoy publicando una interesante colección titulada *El Yacaré*—, cuentos infantiles y hasta un *Tratado de Filosofía práctica: Optimismo*. Es una obra de vulgarización psicológica que me encargaron. La compuse en diez días.

—¡Mire que hay que hacer cosas para sacar una casa adelante!—exclamo.

Y Mediante Nocela sonríe.

Los principales cultivadores de la novela de aventuras, en España y en el extranjero

Estamos con don Federico en su casa. En la puerta del piso hay un rótulo de porcelana, que dice: "MEDIANTE. NOVELISTA". Entre libros y cuartillas, charlamos. La estancia se ha llenado en seguida de humo. Nuestras cachimbas, cual auténticos gasógenos humanos, tan necesarios en estos meses de restricción de papel de fumar, no se apagan en todo el curso de la conversación.

—Hablemos de los precursores del género—le pido.

—Podemos considerar como fundadores de las novelas de aventuras al francés Julio Verne, el mago de las predicciones científicas, de quien se dice que no salió de su residencia habitual; al italiano Emilio Salgari, el explorador de las selvas, y al inglés Maine Reid, el intrépido capitán de los viajes aventureros. Este trío pone los basamentos. Antes de ellos puede haber vivencias precursoras en el *Robinson Crusoe* y en diversos libros y crónicas que relatan viajes, exploraciones, conquistas, luchas coloniales... Y aun podemos remontarnos hasta los clásicos, con dos nombres gloriosos. ¿No son dos grandes novelas de aventuras la *Odisea* y el *Quijote*?... Realmente, como tal género, la novela nace con su acepción "de aventuras" con el trío mencionado: Julio Verne, Emilio Salgari y Maine Reid.

—¿Y de los españoles?

—De los de casa hay pocos, ¡y es lástima! El público los desea vivamente. Entre nuestros compatriotas hay que recordar a "Mister Arago", que hizo relatos de grandes viajes, llenos de episódicas peripecias, recorridos de lugares exóticos; al "Coronel Ignotus", que seguía el curso pseudocientífico de los acontecimientos, escribiendo principalmente cosas astronómicas; al bohemio y estilista Ciro Bayo, quien hizo interesantísimos relatos sobre la época colonial española, publicando el año 1935 una novela de aventuras, breve y ejemplar en su género,

El popular autor de «El Yacaré», después de decirnos quienes fueron sus predecesores, exclama: «¡Los españoles hemos de nacionalizar este género literario!»

Por JOSE ALTABELLA



FEDERICO MEDIANTE NOCELA

titulada *La reina del Chaco*; otro novelista del género es Jesús de Aragón, quien parece seguir la escuela de Verne en sus obras... ¡y pare usted de contar!

—*Demos, pues, una ojeada sobre los extranjeros*—solicito.

—Para mí, el mejor de todos es James Oliver Curwood, el creador de los ambientes de Far-West—o el lejano Oeste, que decimos los castizos—, quien comparte con Zane Grey y con Peter B. Kyne la primacía del género actual de aventuras.

—*Hablemos, pues, detenidamente de ellos.*—Lo merecen. El californiano Curwood es un poeta en prosa mayúscula; nadie como él sabe cantar en sus fantásticos relatos la quietud de los lagos inmensos, la impresionante frondosidad de los bosques, el caudal voraz de los ríos... *Donde el río nace* es su mejor obra, la más lograda. El bostonés Zane Grey siente gran predilección por pintar las luchas del colono, asistido por las tropas federales de los fortines fronterizos, contra el indio. Y, por último, Kyne es, a mi modo de ver, como un Paúl Feval; pero en vez de hacer el folletín de la ciudad, lo ambienta y efectúa en el campo, lo hace rural. Me han gustado mucho *Bajo el cielo del Oeste* y *El señor del Valle Solitario*, de los dos últimos citados, respectivamente.

En segunda fila—continúa informándome Federico Mediante—, Edgar Rice Burroughs, el creador de Tarzán; el inglés R. I. Stevenson, el argentino "Hugo Wast", apologista del gaucha; el italiano Rafael Sabatini, historiador emotivo, de subyugantes escenas de piratería; el francés Gourand d'Ablancourt, apóstol contra la esclavitud, y el ruso blanco Ossendowsky, peregrino del mundo, que ha hecho de sus viajes las más sugestivas narraciones de aventuras.

"¡Hay que nacionalizar en España la novela de aventuras!"

—*¿Por qué se usan pseudónimos extranjeros en estas novelas?*—le pregunto.

—Me parece un criterio absurdo de los

editores, que respeto, pero que subrayo para su corrección. El publicar algunas novelas de autores españoles con supuestos nombres de eufonía británica o yanqui, por estimar que así se venden más, es matar la coyuntura de que tengamos un género nacional. Las editoriales están abastecidas de traducciones, a veces malas, y son incapaces de publicar originales españoles.

Y como si leyerá en mi pensamiento una serie de consideraciones que no me dejan el semblante tan ajeno al eco de sus palabras, Mediante se lleva una mano al pecho, como un caballero del Greco, y me advierte:

—¡Y conste que no hablo por mí, que yo tengo mis editores y mi público! Pasa con las novelas de aventuras lo que con sus primas hermanas las policíacas. Un Pérez y un González no podrán ser nunca tan buenos autores como cualquier otro que lleve en sus nombres y apellidos *W* o *H* intercaladas. ¡Hay que nacionalizar en España la novela de aventuras! El público no lo vería mal, nuestro comercio lo merece, habría autores capaces de llenar este vacío y, por último, los editores no sufrirían con ello una merma en sus pedidos, que es lo que ellos temen infundadamente.

—*¿Cuándo empezó usted a publicar novelas?*

—El año 1937. Yo estaba en Galicia. Desde un periódico regional me propusieron que escribiera mis viajes para publicarlos en folletín. Estos trabajos salieron a la luz pública en forma novelable, bajo el título *A orillas del Pilcomayo*.

Federico Mediante, terminados sus trabajos manuales, por la noche, en su despacho, se está con la máquina de escribir, teclea que te teclea, hasta las tantas de la madrugada. Regularmente compone diariamente de veinticinco a treinta cuartillas, por una sola carilla y a dos espacios. Es muy ágil en la concepción.

—*A éstas, ¿qué otras novelas siguieron?*—le pregunto.

—Después he publicado *Tigre blanco*, *La mujer pirata*, *El gaucha del río Negro*, *En busca del pueblo escondido*, *Centauros del desierto*, *El valle de los hombres sin ley*, *La isla de la maldición*, *Los jinetes de la noche*, *Los bandoleros de la Pampa*, *El puñal de Atahualpa*, *Los diablos negros*, *Los gángsters de Chicago*, *En el país del silencio*, *La isla dormida*, *El lago de las sombras*, *La guardia blanca*, *Lucha a muerte*, *Alma de luchador*, *El cuervo azul*, *El gringo*, *Mares blancos*, *El diablo chino*, *La diosa Kali*, *Los dientes del perro*, *Simpático aventurero*, *La venganza gaucha*, *La ciudad muerta*, *Esclavos del destino*, *Hombres de bronce*, *El castillo de los cuerpos*, *El pulpo*, *Al servicio de la ley*, *El amo del mar*, *Sombras siniestras*, *Ladrones a bordo*, *La señorita detective*, *Las garras del monstruo*, *Criminal intriga*, *Cuando la muerte acecha*, *Nido de hampones*, *La montaña de los misterios*, *Senda de conquista*, *El barranco del Lobo*, *Los hijos de la selva*... y así hasta ciento y pico novelas, incluída una rosa —*Cuando ellas quieren*—, cuyos títulos ya ni puedo recordar de momento. Como ves, se trabaja, ¿eh?

—*Ya lo creo. Pero observo que le van a faltar un día títulos negativos que poner en sus novelas*—le digo en broma.

—En absoluto, tenga en cuenta que escribir es un verbo de la misma conjugación que vivir. No hay más remedio, porque yo vivo todos los días... aunque algunos caiga medio muerto sobre la máquina, los dedos cansados y el cerebro seco de darle juego.

Y con el chubasco de tanto título salgo a la calle, calado de aventuras. Pero para mí, la más interesante ha sido cazar a un cazador de tigres en una taquilla de un cine de barrio. ¿Verdad que parece increíble, lectores? Galicia está en este hombre metida muy dentro, y Mediante es un prototipo de la raza celta.

FINISTERRE

Revista de Galicia

Carrera de San Jerónimo, número 5

Apartado 321 + Teléfono 12171

MADRID

II

CRONICAS, REPORTAJES, INFORMACIONES, BIOGRAFIAS, CUENTOS, ENSAYOS, POESIAS, INFORMACION GRAFICA.

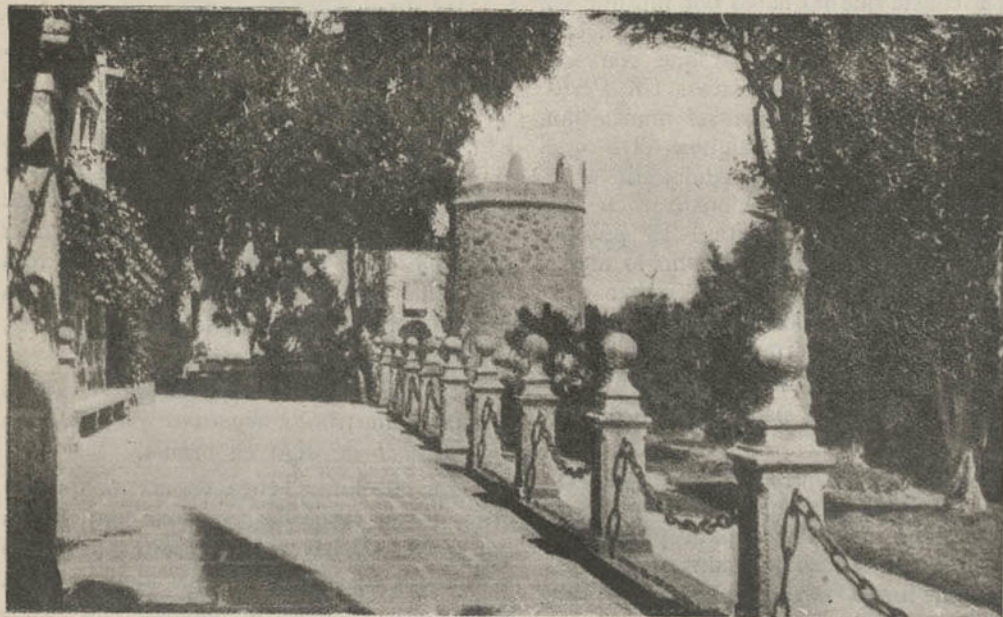
BOLETIN DE SUSCRIPCION

Don
que vive en, calle de
....., núm., piso, se suscribe por un
AÑO a la Revista de Galicia FINISTERRE, cuyo importe de pesetas 36 envía por giro postal o se compromete a abonar contra letra a su cargo, más una peseta por gastos.

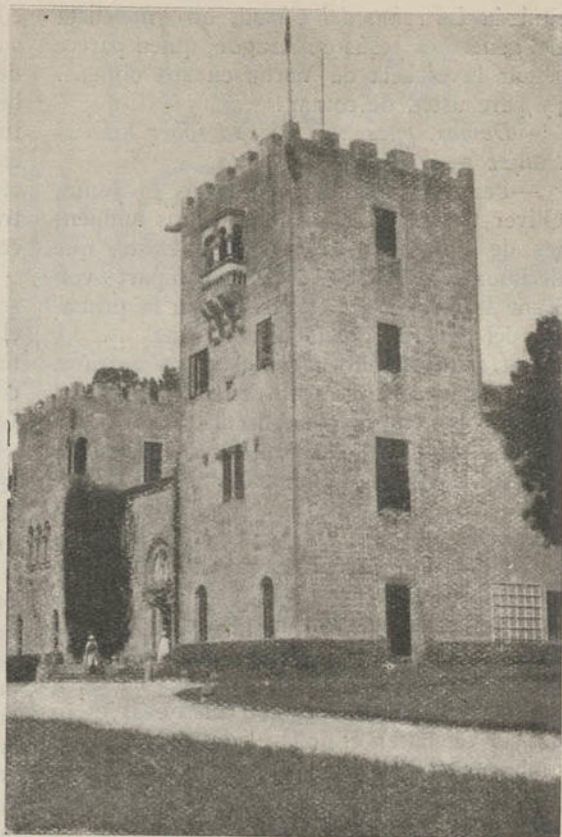
..... de de 1946.

Firma del suscriptor,

PAZOS GALLEGOS



*Pazo de Vilaboa
(La Coruña)*

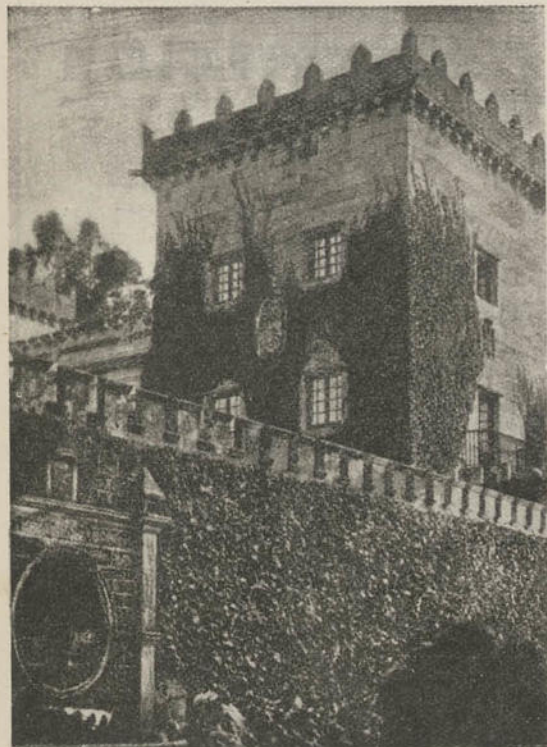


*Pazo de Meirás
(La Coruña)*

*Pazo de Miraflores
(La Coruña)*



*Pazo de Castrelos
(Pontevedra)*



Por los caminos del ancho mundo andan los gallegos de todos los rumbos de la brújula marcando la línea de su señorío en el pensar y en el hacer, en el vivir y, también, a la postre, en el morir. Somos una raza vigorosa y osada, avezada al riesgo y la aventura, que gusta de paladear el vino fuerte de los viajes por la tierra, el cielo y la mar prometedores y peligrosos. Tipos representativos y admirables de una manera de ser y actuar, son lo mismo Pardo de Cela, que Ramón Franco y Méndez Núñez...

Viene a la memoria el recuerdo de todas las grandezas, a la vista de estos pazos gallegos, que tienen una silueta atrevida y recia, como un navío capaz de desafiar todas las borrascas. Viéndolos se adivina el carácter y el espíritu de sus habitantes, que por fuerza habrían de ser maestros en la hidalguía y en el gesto prócer.

La esencia perdurable de Galicia—tesón, fortaleza y altura—está plasmada en estos pazos a los que dan guardia azul y fungadora unos pinos que guardan el secreto de todas las bellas y cándidas amanecidas.



Un éxito franco—*El caso de la mujer asesinadita*—y un fracaso rotundo—*Agua, aceite y gasolina*—, ambos merecidísimos, son las notas más destacadas del resumen teatral del mes anterior. Entre estos dos polos antagónicos, se han deslizado otros diversos estrenos sin importancia, que apenas son dignos de la más ligera mención: *Don Pío descubre la primavera*, *Tres piernas de mujer*, *¡Qué verde era mi padre!*, *Préstame tu suegra*, *¡Qué familia!*, *Soné con el Paraíso*...

Mihura y Laiglesia, creadores y directores, al alimón, de *La Codorniz*, han acertado plenamente. *El caso de la mujer asesinadita* es una comedia sencillamente magnífica... Aunque se sepan con atrevido desenfado de lo vulgar y lo manido, no aportan a la escena ningún caudal de auténtica originalidad; pero han logrado, eso sí, urdir tres actos perfectos, llenos de interés, de amenidad y de deliciosas sorpresas. Contra lo que pudiera esperarse de la colaboración que firma la obra, *El caso de la mujer asesinadita* no es una comedia bufa, de una hilaridad a caño libre, de un humor desconcertante, esto es: "codornicesco". Por el contrario, su comicidad está contenida por una fina ironía, un gracejo del mejor gusto, un ingenio sutil, que no arrancan la carcajada, v'olentemente y como de cuajo, mediante las socorridas artes del retruécano burdo y el chiste chocarrero; sino que, en todo caso, producen la sana sonrisa de la alegría y la complacencia, bailándonos en los labios a lo largo de toda la comedia.

Un diálogo chispeante y ajustado, conduce la acción con indubitable habilidad, resolviendo y explicando todos los enredos y complicaciones de que está salpicado su desarrollo. Ningún cabo queda por atar. Y dentro de su factura donosa y desenvuelta, en *El caso de la mujer asesinadita* todo es lógico, posible y fatal.

La interpretación merece párrafo aparte. La Compañía del teatro María Guerrero nos tiene acostumbrados a su impecable y sin precedentes modo de "hacer": *La herida del tiempo* y *Nuestra ciudad*, por no citar más obras, son un indiscutible y elocuente ejemplo de acabada representación; *El caso de la mujer asesinadita* lo confirma y exalta. Todos los intérpretes de la comedia de Mihura y Laiglesia, desde Elvira Noriega—la actriz de la voz de timbre más limpio y seductor de los escenarios españoles—, hasta María del Carmen Mendoza, pasando por Guillermo Marín y Rafael Barden, y todos cuantos intervienen en esta graciosa farsa, rayan a una altura hasta ahora inaccesible. Acaso exageren la lentitud de la acción, como recreándose, complaciéndose en ella, y el silencio de alguna escena muda se prolongue demasiado; sin embargo, todos los detalles acusan la mano audaz y experta de una dirección inteligente.

Enrique Jardiel Poncela, autor feliz de tantas farsas admirables, ha pretendido hacer una comedia "seria", es decir, que no "pareciese de Jardiel", y no ha conseguido otra cosa que un considerable fracaso. La borrascosa tormenta desencadenada la noche

del estreno de *Agua, aceite y gasolina*, en la Zarzuela, es la prueba palmaria de su inexplicable equivocación. Es inútil e infantil que él insista en afirmar que *Agua, aceite y gasolina* es la mejor comedia que ha escrito en su vida. Cuantos lo admiran y lo han aplaudido anteriormente sin reservas—y nosotros nos contamos entre ellos—, piensan todo lo contrario, por fortuna para Jardiel Poncela. A todos nos duele reconocer nuestros errores y los defectos de nuestras criaturas; pero lo cierto es que *Agua, aceite y gasolina* es una obra aburrida, pesada, insoportable, de una pretendida belleza literaria que se queda en cursi, y de una ambiciosa trascendencia psicológica que cae de bruces en la pedantería. La reconocida habilidad constructiva de Jardiel brilla por su ausencia, y su auténtico sentido del humorismo no asoma en ningún momento. Parece la comedia de un novel: afán discursivo y conceptuoso, reiteradas escenas a base de dos personajes, largos monólogos, lectura de cartas... ¿Dónde está el Jardiel Poncela de *Angelina* o *El honor de un brigadier*, o *Los ladrones somos gente honrada*, o *Eloísa está debajo de un almendro*, o...? ¡Este no es mi Jardiel, que me lo han cambiado!

De *Don Pío descubre la Primavera*, segunda obra de la firma conjunta de Tono y Llovet—colaboración iniciada en la poco afortunada revista *Hoy como ayer*—, no puede decirse, en rigor, que es buena ni tampoco que es mala. Es... un poco como esas mujeres insulsas, que no son feas ni guapas, ni chicha ni limonada. El asunto es pobre y falto de originalidad, y la arquitectura endeble, chapucera. Algunos chistes del más claro marchamo "codornicesco" animan alguna que otra escena; pero en el fondo, y en la superficie, *Don Pío descubre la Primavera* no ofrece el menor interés.

Un novel, Gonzalo Azcárraga, ha estrenado en la Comedia su primera obra: *Tres piernas de mujer*. Hay que condenar, antes que nada, en Azcárraga, su abierto propósito de imitar el característico teatro de Jardiel Poncela—del auténtico Jardiel, no del Jardiel de *Agua, aceite y gasolina*—; esto es, acumular enredos, prodigar trucos, jugar con el equívoco y el disparate. Pero se le fué la mano: el primer acto de *Tres piernas de mujer* es, francamente, excelente; pero el segundo es parecido al primero, y el tercero muy semejante al primero y al segundo. El autor amontona lío sobre lío, y al final no sabe qué hacer. Y sale... por peteneras. No obstante, y esto es lo mejor, hay en Gonzalo de Azcárraga un autor, tal vez un magnífico autor.

Torrado estrenó en el Alcázar su nueva comedia, *¡Qué verde era mi padre!* Preferimos no hablar de él: no queremos de ningún modo que crea que le hemos tomado manía.

Del resto no interesa ocuparse en absoluto.—E. C.



Por FLORENTINO SORIA

PANORAMICA DEL MES

Otra vez Iquino

En la numerosa obra de Iquino alterna la película realizada con cierto esmero con la hecha a grandes brochazos para servir de relleno en un amplio plan de producción. *El obstáculo*—última película de Iquino que se ha proyectado en Madrid—corresponde al primer tipo, constituido hasta ahora por *Cabeza de hierro* y *Una sombra en la ventana*, donde aparece los mejores aspectos del discutido director barcelonés. *El obstáculo* tiene un asunto melodramático poco convincente—el guión, ¡cómo no!, es del mismo Iquino—, defendido por la discreción de los elementos técnicos y por el buen trabajo de Ana Mariscal y Adriano Rimoldi. La dirección nos ofrece, junto a momentos de precisa factura, otros desmayados—¡esas intervenciones de Melgares!—, faltándole al conjunto esa redondez y firme andadura de las obras bien conseguidas.

Cine policíaco

Cada mes nos trae un buen número de films policíacos. En febrero hemos visto de este género tres películas americanas: *Invitación peligrosa*, *La garra escarlata* y *¿Quién mató a Vicky?*

En *Invitación peligrosa* un matrimonio—esta vez Robert Montgomery y Rosalind Russell—son protagonistas de una aventura policíaca, donde se cometen varios crímenes más o menos espeluznantes, y hay una reunión final de sospechosos para remate sensacional. La cinta juega el humor—siguiendo fidelísimamente la serie de producciones de la pareja Mirna-Loy-William Powell—para aligerar el dramatismo de la trama detectivesca. Edwin L. Marín dirige fríamente, y el conjunto—gris, muy gris—sólo se anima por el arte y la simpatía de Robert Montgomery.

Sherlok Holmes, héroe de muchas cintas cinematográficas, vuelve en *La garra escarlata*, incorporado por el excelente Basil Rathbone, a intrigarnos con su famosa técnica deductiva. La película es hábil y consigue mantener el interés y la incógnita del desenlace, bien conducida por Roy William Neill, perito en emociones policíacas. Nigel Bruce hace un Doctor Watson perfecto.

Laird Gregar ha dado altura a un papel de segundo orden de *¿Quién mató a Vicky?*, film sin valores acusables, pero ágil de realización y con dos actrices tan atractivamente fotogénicas como Betty Grable—una de las actrices más “taquille- ras” de América—y Carole Landis.

Comedia conyugal

Un matrimonio—él escritor, ella actriz—, después de cierta crisis que les ponen al borde del divorcio, termina reconciliándose. Este es, a grandes rasgos, el asunto, nada nuevo, de *La vida empieza hoy*, amplificado por la ingeniosidad de

un guión inteligente que sabe fluir del dramatismo suave a la fina comicidad sin perder un tono ligero y ponderado. Alexander Hall, hábil realizador de películas de asunto intrascendente—recordemos aquella deliciosa *Siguiendo a una mujer*—, consigue ahora una película grata. Estas cintas precisan de unos actores de gran simpatía física y amplios recursos interpretativos, condiciones que reúnen con creces Loretta Young y Fredric March, protagonistas de *La vida empieza hoy*.

Somerset Maugham en el cine

La novelística, densa e intensa, de Somerset Maugham ha sido vertida al cine repetidas veces—recordemos *El velo pintado*, de Boleslawski, interpretada por Greta Garbo—, y es que su variedad de temas y ambientes pueden encontrar en la facilidad de movimientos del cine adecuado campo de traducción. *Soberbia*, versión de *La luna y seis peniques*, es un film de marcado carácter literario; cine que persigue el matiz psicológico sobre cualquier otro valor formal. La adaptación y dirección son obra de una figura nueva, Albert Lewin, y consiguen mantener la fuerza del tipo central sin grave detrimento de las virtudes específicamente cinematográficas. Quizá echemos de menos en alguna de sus partes un lenguaje exactamente fotogénico como el que emplea—son los momentos más afortunados—en las escenas de Tahití, pero la calidad del tema y la extraordinaria interpretación de George Sanders en su mejor trabajo, bien secundado por Herbert Marshall y la nueva y deliciosa actriz Doris Dudley, hacen de *Soberbia* una película interesante.

Dos cómicos argentinos: Nini Marshall y Luis Sandrini

En el mismo día y dirigidas ambas por Bayón Herrera se han estrenado en Madrid dos películas

cómicas argentinas: *Cándida*, millonaria y *La casa de los millones*. La primera es una más de la serie “Cándida”, y es otra muestra del arte naturalísimo y cordial de Nini Marshall, una de las actrices cómicas más completas del cine. Pero estas películas no consiguen ni una discreción media por la inhabilidad directiva y la pobreza de los medios técnicos empleados.

Luis Sandrini—a quien ya conocimos hace tiempo en *El canillita* y *la dama*, con Rosita Moreno—tiene una escuela contrapuesta a la de la popular *Catita*; lo que en ésta es vis cómica y de envoltura natural es en Sandrini elaboración y estudio. Sandrini es un buen cómico, de educación teatral, pero no es el genial actor que nos señalaba una publicidad desorbitada. *La casa de los millones* es una película sin valores cinematográficos, pobre de técnica, sólo con momentos esporádicos de buena gracia.

Más propaganda

En los comentarios del número anterior ya nos referimos a ese género de films, muy en boga durante la guerra, de marcado carácter propagandístico. Ahora hemos presenciado otros dos films de la misma tónica, si bien aun mucho más acentuado el matiz proselitista, con grave mengua de los puros valores artísticos. *Coronel Blimp* y *Los invasores* son películas de clara propaganda antinazi, que por su tono retórico y tendencioso no resultan simpáticas para un espectador al margen que asiste al cine para orear el espíritu o simplemente para divertirse. Pueden ser estas películas aptas para la educación política de la propia nación, pero resultan hostilizantes en otros países que tienen, naturalmente, su propia retórica de patriotismo.

En *Coronel Blimp*, bastante aceptable hasta que comienzan los discursos *pro* y *anti*, hay una excelente caracterización de Roger Livesey. *Los invasores*, dirigida, como la anterior, por Michael Powe, nos trae la imagen del gran Leslie Howard en un papel episódico. El tono es aquí aún más forzado e insoportable.

Cine entre rejas

El aficionado recuerda con nostalgia a viejos títulos ambientados entre los muros de una cárcel. *El presidio* y, sobre todo, *Soy un fugitivo* son films inolvidables de este cine de emoción directa, de peripecia obsesionante. *El gran jefe*, con Víctor Mac Laglen de protagonista, no sobrepasa una



Una escena de
“NOCHE EN
EL ALMA”

discreción aceptable, vencido el interés por el recuerdo de sus famosos precedentes.

Cine mejicano

Tres películas mejicanas hemos visto durante el mes de febrero. Dos de ellas, vulgares, siguiendo su tónica habitual, folklórica y primaria: *Cuando quiere un mejicano* y *México de mis recuerdos*, realizadas ambas, sin brillantez, por Bus-tillo Oro.

Pero en *La fuga*—como anteriormente con *Historia de un gran amor*—nos encontramos con una buena película, ambiciosa de propósito y con aciertos muy considerables. Inspirada en el relato de Maupassant, *Bola de sebo* está dirigida con gran eficiencia fotogénica por el director norteamericano Norman Foster, y posee cualidades de interpretación y fotografía poco frecuentes en la cinematografía mejicana. Fallan aun ciertos imponderables inesquivables en las cinematografías de poca experiencia, pero el conjunto es prometedor.

Gracia y emoción

Un guión que dosifica con sumo acierto la gracia y la emoción, servido por una realización dinámica y jugosa; la gracia personalísima de Boob Hope y el encanto suave de Madeleine Carroll componen ese modelo de film medio que es *Mi rubia favorita* que, a pesar de su pretendida intrascendencia, conceptuamos como uno de los estrenos más interesantes del mes.

Otro film "invisible"

A estas alturas la "invisibilidad" como motivo cinematográfico no ofrece ya novedades sensacionalistas. *La venganza del hombre invisible* vuelve a los viejos modos truculentos y desacreditados, cuando los últimos éxitos "invisibles"—caso, *La mujer fantasma*—se debe a la ingeniosa e inagotable utilización de los resortes humorísticos. Y así esta floja realización de Ford Beeb no consigue ni el interés ni la curiosidad.

Claudette Colbert

Hace años que sabemos que Claudette Colbert es una gran actriz—se acuerdan ustedes de *Sucedio una noche*—, pero a cada película suya no nos sorprende de nuevo esa manera suya, cálida y expresiva. *Zazá* es una película que debería llamarse *Claudette Colbert*, pues ella es todo el film y sin su excelentísima interpretación poco nos quedaría del viejo tema teatral, dirigido con poca eficiencia cinematográfica por George Cukor.

Vuelve la familia Harvey

Otra vez esta simpática familia norteamericana de los Harvey. Ahora el conflicto se complica con la pasión romántica de Andrés Harvey por su profesora. Aquí, en esta adolescencia que se va, se encuentra la más calificada nota de esta cinta amable, de un tono medio decoroso. Mickey Rooney incorpora su papel con una gama de recursos extensísima, en un total acierto en lo cómico y en lo dramático.

Jardiel Poncela en nuestro cine

Jardiel Poncela, uno de nuestros autores teatrales de mayor sentido cinematográfico, ha tenido mala fortuna en sus versiones al cine. Sólo *An-*



Una escena
de
"LA FUGA"

gelina—realizada en los estudios americanos—y *Eloísa está debajo de un almendro* consiguieron aciertos parciales. Las restantes—*Usted tiene ojos de mujer fatal*, *Los ladrones somos gente honrada*

y ésta, poco feliz, *Es peligroso asomarse al exterior* no han aprovechado la gracia original y efecacísima de Jardiel. Ulloa no acierta en su última película, realizada con demasiada frialdad

FIGURAS DE LA PANTALLA



GARY COOPER



JOE GROWN

AGARY

Alta confección. Camisería
ALVARO GARCIA YAÑEZ
Santa Catalina, 29. - Teléfono 2346
LA CORUÑA

El melodrama inteligente

No hay por qué asustarse del melodrama cuando se nos sirve en buen lenguaje cinematográfico. La historia del cine está llena de títulos de este carácter. *Noche en el alma* es un melodrama en ese estilo tan vigente hoy, en que un tipo patológico centra el interés de la trama. El tema es vulgar y falso, pero un guión habilísimo juega los tópicos con tal medida, que parecen nuevos. La dirección de Jacques Tourneur es buena, sin relieves extraordinarios, y la interpretación de Hedy Lamar—tan bella como siempre y más actriz que otras veces—y de George Brent dan a esta película una bondad estimable.

Cine francés

El Cine-Club CEC nos ha presentado una de las últimas películas del gran director francés Marcel Carné: *Les visiteurs de soir*. Se trata de un magnífico film, de gran empaque literario, servido con una técnica finísima. El tema—una leyenda medieval, nueva versión del mito faústico—tiene un bellísimo aire poético. Todos los elementos técnicos y artísticos cooperan al acierto total.

Capítulo de distinguidos

Argumentos: *Soberbia*.

Guiones: *La vida empieza hoy*, *Mi rubia favorita*, *Un nuevo amor de Andrés Harvey* y *Noche en el alma*.

Direcciones: Norman Foster (*La Fuga*); Sydne Lanfield (*Mi rubia favorita*); Albert Lewin (*Soberbia*), y Alexander Hall (*La vida empieza hoy*)

Interpretaciones: Robert Montgomery (*Invitación peligrosa*); Basil Rathbone y Nigel Bruce (*La garra escarlata*); Fredric March y Loretta Young (*La vida empieza hoy*); George Sanders y Herbert Marshall (*Soberbia*); Niní Marshall (*Cándida millonaria*); Roger Livesey (*Coronel Blimp*); Víctor Mac Laglen (*El gran jefe*); Bob Hope y Madeleine Carroll (*Mi rubia favorita*); Claudette Colbert (*Zazá*); Mickey Rooney (*Un nuevo amor de Andrés Harvey*); Hedy Lamar y George Brent (*Noche en el alma*).



SANTIAGO. — *Autoridades que asistieron a la inauguración de la Exposición del pintor Seijo Rubio.*
(Foto Arturo.)



SANTIAGO. — *Una escena de la obra de Calderón de la Barca "El gran teatro del mundo", interpretada con gran éxito por el Cuadro Artístico de los Luises.*
(Foto Arturo.)



Boda de la señorita Marina Martelo Villaverde con D. José Antonio Quintana Sierra, celebrada en San Miguel de Vilvestro. (Foto Arturo.)



SANTIAGO. — *Los miembros de la Asociación de la Prensa con el Obispo Auxiliar, después de la misa celebrada en honor de su Patrono en el Palacio Episcopal.* (Foto Arturo.)

INFORMACION GRAFICA DE LA CORUÑA

(Fotos Cancelo)



Alumnas de la Escuela Nocturna Obrera de Santa Teresa de Jesús, que tomaron parte en una velada teatral celebrada en su local de enseñanza.



Hijos de periodistas locales que fueron obsequiados con juguetes el día de Reyes por la Asociación de la Prensa.



Los periodistas locales celebraron con diversos actos religiosos y profanos la fiesta de su Patrono, San Francisco de Sales.



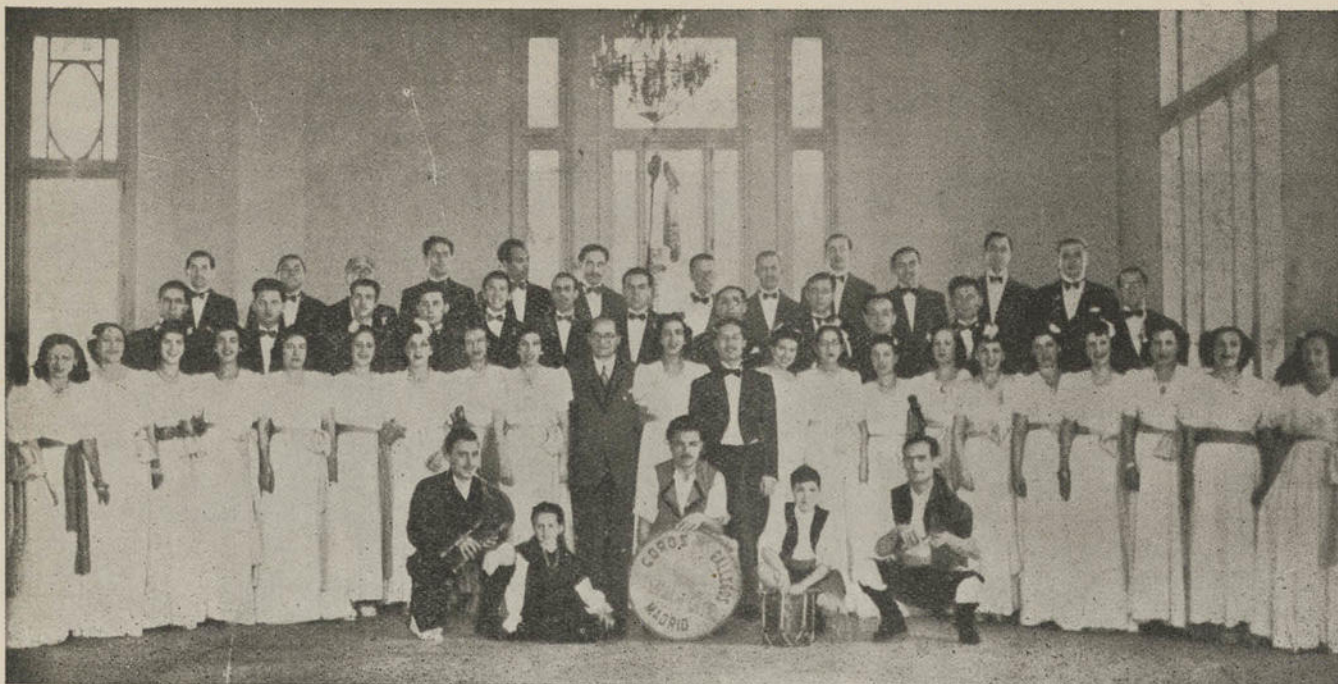
Niños y niñas de la escuela nacional "Concepción Arenal", a los cuales se les repartieron prendas de vestir del ropero de dicho centro docente.



Los odontólogos coruñeses con sus familiares, que celebraron con una fiesta íntima la festividad de su Patrona, Santa Apolonia.



El presidente y secretario del Colegio de Odontólogos entregando al decano de Galicia, D. Francisco García, un artístico pergamino por su labor en beneficio de la clase.



La Coral Polifónica gallega "Rosalia de Castro", de Madrid, que actuó con brillante éxito, bajo la dirección del maestro don José Pagán, en el homenaje al Sr. Blanco Folgueira, celebrado en el Círculo de Bellas Artes.

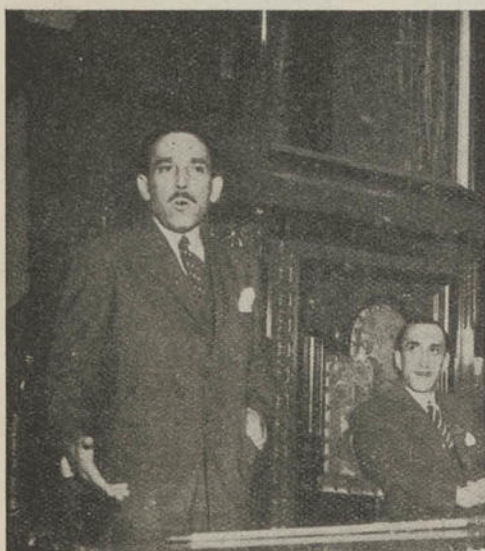


LA CORUÑA.—El laureado coro gallego "Cántigas d'a Terra", que también se sumó al homenaje tributado al ilustre pintor Álvarez de Sotomayor, dando un concierto en el salón de la Exposición. (Foto Arturo.)



LA CORUÑA.—La nueva Corporación Municipal de la ciudad en el acto de tomar posesión. (Foto Arturo.)

NUEVO ALCALDE DE LA CORUÑA



El nuevo alcalde de La Coruña, D. Eduardo Ozores Arráiz, haciendo uso de la palabra en el acto de posesión de su cargo, bajo la presidencia del Gobernador civil. (Foto Cancelo.)



LUGO.—El magnífico edificio donde tiene instalado el domicilio social el Círculo de las Artes, que en breve celebrará sus Bodas de Oro con gran solemnidad. (Foto Juan José.)

Mujeres



Por

Esperanza
Ruiz-Crespo

EL TIEMPO Y LA MODA

No sé por qué coincidencia absoluta, siempre que se habla de modas, en visita o en letras de molde, se manejan mucho los tópicos y las frases hechas sobre el tiempo.

Es posible que intentemos defendernos así de ataques injustificados, y que al quejarnos del frío o del calor hagamos una implícita declaración de nuestra elemental necesidad de cambiar el guardarropa.

Cuando los días templan—ahora no tenemos más remedio que aludir a “como florecen los almendros”—las mujeres aborrecemos el abrigo de piel, descubrimos que la zoología barata es horrenda y exaltamos la gama alegre de los beige, los azules, los verdes jugosos...

Llega, pues, imprescindible y matemática, la obligación de recorrer tiendas, desfiles de modistería, escaparates con crédito de elegancias.

Llega, asimismo, el momento de disputar sobre el mejor derecho que tienen los creadores, figurinistas, etc., a imponernos una línea determinada. Las siluetas con restricciones no podrán vencerse nunca, sea cualquiera el abogado explicador, del triunfo que significa para nuestra línea ese modelado que ciñe la cintura y reafirma el derecho femenino a la cadera.

Por idéntica razón, las “desbordantes” propugnarán el éxito continuado de esos amplios abrigos ranglan que disimulan amablemente la colocación de ciertas piezas anatómicas.

Y pues que el truco en coquetería está perfectamente admitido, los grandes magnates de la industria modisteril lanzan al mercado modelos deliciosos para todos los gustos... y para casi todos los kilos.

Vedlo así en nuestras fotografías. Y comentadlas con las frases de rigor.

—¡Qué sol de blusa!

—¡Ese traje es un sueño!

—¡Me gusta horrores aquel otro!

COQUETERIA SIN RIESGO



Esperanza de Briones

Cada semana, el micrófono de una popular emisora madrileña divulga, con la voz y el acento de Esperanza de Briones, “Catedrático” de Belleza y crédito sólido en todo cuanto a su mejor “obtención” o conservación se

refiere. Atentas a la Radio, aun las más cerebrales se acercan a un clima de prodigio y sueñan con ese pasaporte al triunfo, que es la gracia espectacular de una mujer.

Sencillamente, humanamente, la Profesora va resolviendo dudas y aclarando errores. “La belleza—ies dice—está estrechamente subordinada a las leyes de salud e higiene. En la piel, por ejemplo, se refleja el estado del organismo. Y la falta de determinados minerales o de alguna vitamina, influye en la hermosura del cabello, en el brillo de los ojos, en el crecimiento de las uñas o la conservación de los dientes.”

Pensativas, las mujeres sonríen entonces a su inútil credulidad cuando invirtieron, incluso con esfuerzo económico, sus ahorros en la crema que tanto ayudó a Fulanita, o en el cosmético que ocultaba los defectos de Mengana...

Esperanza de Briones cuenta, luego, que el famoso Doctor Passot, cirujano parisino, preconizaba hace años el triunfo de la cirugía estética y su vulgarización. La profecía es ya un hecho. Las mujeres siempre gozaron fama de valientes—atestigué el Registro Civil con sus nu-

merosos folios en Sección de Matrimonios—. Hoy se cambia de nariz o se suprimen los años—surcados en el rostro—con una entereza y una facilidad admirables. Alguien ha dicho que sólo a los gángsters les puede interesar ese cambio eventual de fisonomía, pero quien así opinó era, probablemente, de una fealdad sin arreglo.

Guapa, fina, con un “estilo” muy personal y unos ojos espléndidos—en los que no intervienen sus posibles artes ni su erudición en los tratamientos de belleza, porque son inquietantes “de dentro a afuera”—, esta mujer, cuya vida se dedica a las otras mujeres, en permanente estudio para matar el tiempo, es una figura de nuestros días digna de todo elogio, incluso en los terrenos más complicados de la psicología. Gracias a Esperanza de Briones, algunas damiselas, que racionaban su inteligencia, han recuperado estímulos, venciendo complejos de inferioridad.

Los hombres, en resumidas cuentas, prefieren vernos a escucharnos. No es demasiado penoso complacerlos, ejercitándonos en perdurar con los máximos atractivos. Lo intentaremos.

LOS HOMBRES

Visto un león, están vistos todos; vista una oveja, se han visto todas. Pero visto un hombre, no está visto sino uno, y aun no bien conocido.—Baltasar Gracián.

Para el hombre sólo hay tres sucesos importantes: nacer, vivir y morir. Pero no se da cuenta de que nace, le espanta la muerte y se olvida de vivir.—La Bruyère.

Ten muy presente que los hombres, hagas lo que hagas, serán siempre los mismos.—Marco Aurelio.

Los hombres se ocupan demasiado de sí mismos, y no disponen de tiempo para profundizar e inquirir en los demás.—Menandro.

Sienten los hombres vergüenza no de haber tenido malos pensamientos, sino de que alguien les atribuya estos malos pensamientos.—Nietzsche.

Condición del hombre: inconstancia, fastidio, inquietud.—Pascal.

La palabra se ha dado al hombre para que pueda disfrazar o encubrir su pensamiento.—Talleyrand.



Horas de intimidad en el hogar, que requieren una toilette así: amplia falda escocesa y una blusa de piqué.

COMPLEMENTOS DE TOILETTE



Supongamos que el vestido es magnífico, y que acaba de salir de uno de los mejores talleres acreditados en la ciudad. Supongamos que la dama tiene buena facha y un rostro en armonía con el tipo.

Pues si con tantos de tal importancia en su favor no tuvo acierto al elegir su bolso, sus zapatos y sus guantes, el fracaso no se hará esperar.

Es preciso, absolutamente preciso, que el sello personal—personal e intransferible ni “vendible”—de la elegancia esté consolidado por la armonía del conjunto, que, sobre todo, es un conglomerado perfecto de pequeños detalles.

Que un traje sastre, puro, sabido de corte y plancha, no pretenda otro calzado que el de tipo inglés: tacón de suela, buena piel, cerrado. Y unos guantes beige, amarillo, claros, en fin. Los bolsos de colgar, desterrados.

Con el conjunto de la tarde, calzado de suela fina y sobrios de adornos. Con las *toilettes* negras, charol o antilope, superando las ya vistas pieles de camaleón y serpiente más o menos venida a menos. Bolso a juego con el zapato y guantes negros o blancos, según el grado de ceremonia.

En todo momento—salvo por las

CONSULTORIO SENTIMENTAL

Maruxa.—No son muchos cuatro novios en cuatro años, para como están las cosas. No son muchos veinte años para que empieces a preocuparte por el fantasma de la soltería. Pero como las vidas femeninas, en su aspecto... espectacular, son bastante cortas, conviene, dada tu vocación matrimonial, que vayas sedimentando tus inquietudes y siendo menos ambiciosa en eso de personificar un ideal. Los hombres, hija de mi alma, son, poco más o menos, tan imperfectos como nosotras... y, además, más vanidosos. Quiero decirte que, sabiéndose muy disputados, han perdido afición a engrosar, sin muchas garantías de ganancia, las listas del Registro Civil (Sección de Matrimonios).

Mi consejo, pues, es que, ante el próximo galán que exponga sus pretensiones, disimules las tuyas e intentes dejarle *groggy* para que, en pleno embalamiento sentimental, dé tiempo a poner bien en regla los papeles.

Un gallego enamorado.—Conviene mucho que los hombres tengáis también problemas. Son el único indicio que nos queda para juzgar—en estos tiempos de tanta camaradería sentimental—vuestra capacidad de amar.

Tienes una novia bonita y buena, pero sosa. Tienes una inquietud flirteante que es una compañera de oficina, tan bonita como la novia, pero posiblemente menos buena... El hecho de que vaciles ya me inclina a compasión respecto a la primera... aunque también me dicta una vieja experiencia la optimista ilusión de que en fuerza de convivir horas enteras con la oficinista y de ver a la otra sólo algún ratito que otro en la hora melancólica del atardecer, le será más fácil a ésta conservar tu curiosidad alerta... Y como la curiosidad es la forma primitiva del interés...

Me gustaría, de cualquier modo, que pudieses el traslado a otra dependencia.

Quiero ser mujer.—Estás enamorada de un caballero que te mira, sonríe... y no habla. De su mutismo nace tu desesperación. Noches en vela, almohadas maltratadas, ojeras... Es posible que todo dependa de una causa elemental: profesión no lograda, excesiva juventud por ambas partes, etc. De vez en cuando se encuentran hombres serios que quieren hacerle el amor a una mujer para casarse en seguida, y estiman que otra cosa es perjudicial.

Las armas femeninas te están legítimamente autorizadas. Sonrisas maliciosas con muchas gotas de ingenuidad; amabilidades sin que se claree el amor... En fin, se trata de ponerle al rojo. Y cuando le gustes tanto que tema el contagio de su entusiasmo, hablará en seguida por temor a que otro le tome la delantera.

MEIGUÍÑA

noches—pocas joyas, pero buenas. La bisutería sólo está admitida en broches para la solapa o collares de muy ostentosas pedrerías. Como regla general, pasados los cuarenta años sólo las alhajas auténticas prestan distinción a la mujer.



El bordado inglés triunfará desde estos días iniciales de la primavera. Sobre organdi blanco, sólo la nota de color de la cintura.

¡MEDIAS DE CRISTAL O GASOL!
VISNÚ PEÑASOL
EN TONOS:
BRONCE • ORIENTAL
TOSTADO

AYER... Hoy...
Y SIEMPRE
CON PRODUCTOS

VISNÚ

BELLEZA
JUVENTUD Y
PERSONALIDAD

PRODUCTOS
DE BELLEZA
VISNÚ
MARCA REGISTRADA
AGUA DE TOCADOR
LAPICES DE LABIOS
RECAMBIOS
ESMALE DE UNAS
BRILLANTINAS
LABIOS PARA LOS OJOS
BRONCEADOR PEÑASOL
TODOS ESTOS PRODUCTOS
EN VARIAS TONALIDADES

DESCONTADO DE LAS IMITACIONES

VISNÚ NO SE VENDE A GRANEL

EXIGID LA MARCA REGISTRADA